

1923

HEMERO
MUNICIPAL
DE MADRID

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES
VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

— DIRECTOR · PROPIETARIO —
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

AÑO IV
Número 48



Ayuntamiento de Madrid



LA PISTOLA NACIONAL



VENCEDORA
DE TODAS LAS PISTOLAS
NACIONALES Y
EXTRANGERAS EN CON-
CURSO CELEBRADO
POR EL MINISTERIO
DE LA GUERRA

ASTRA

ASTRA

REGLAMENTARIA EN EL EJÉRCITO ESPAÑOL

FABRICANTES: GUERNICA^o
(VIZCAYA)
ESPERANZA Y UNCETA.

DELEGACIÓN GENERAL: A. V. D. BERNABÉ
MAYOR 86 MADRID

Unica reglamentaria en el Ejército.

Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros,
en el Cuerpo de Prisiones y para los Jefes
y Oficiales de la Guardia civil.

CALIBRES, 9 mm., 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de

ARMAS Y LETRAS



INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA FOTÓGRAFO CARRETAS, 39 (Frente a Romea)	Tres carnets para identidad 3 pesetas. Ampliaciones de SS. MM. del uniforme que se desee para cuartos de banderas y estandartes a 25 petas. Novedad fotográfica, 23 calcomanías para aplicarse en papel, cartas, cintas, esmaltes, 5 pesetas	COMPAÑIA GENERAL DE AGUAS MINERALES REINA, 29 Y 31 Teléfono M. 1444
Admón. de Loterías núm. 16. -- P. de Santa Cruz. 2 Su Administradora D.ª Felisa Ortega, remite a provincias, ultramar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados de su importe.	BLANCO HUECAS para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsimiles. Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas. Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID	
Joyería Hispano-Belga MONTERA, 22	Joyas artísticas y económicas. Relojería garantizada de todas marcas.	CAMAS Y MUEBLES ECONOMICOS NO DEJE USTED DE VISITAR ESTA CASA Balbino Díez García, PELAYO 70 (próximo a Fernando VI).
MATERIAL ELÉCTRICO LAMPARAS DE TODAS CLASES Descuento de 5 por 100 sobre toda venta que haga la casa a los militares que lo acrediten.	A. PAJARES Jardines, 7 y 9	Construcciones en zinc, plomo, palastro y chapa galvanizada. Hilario Puerta García. *.* Primera casa en envases para aceite. Postigo San Martín, 7.—Teléfono 3.378
AVISO: La casa que más paga oro, plata, platino, dentaduras, alhajas y papeletas del Monte Plaza de Sta. Cruz, 7 (platería)	R. FERNANDEZ ROJO, GRABADOR Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases. Teléfono M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID	
LA OCAISION	COMPRA y VENDE motocicletas, bicicletas, accesorios, gramófonos y discos. Mayor, 68	CASA HERNANDO MAYOR, 29 Teléfono 2485 M Venta de toda clase de máquinas de escribir. Reparaciones muy económicas. accesorios de toda clase. Cintas, papel, carbón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias. Presupuestos gratis.

Servicio de la Compañía Transatlántica

LINEA DE CUBA-MEJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA-MEJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernando Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anunciarán con la debida oportunidad.

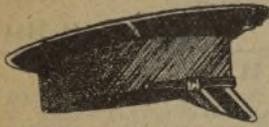


Roca

Fotografía

AMPLIACIONES MAGNÍFICAS Y ADMIRABLES
RETRATOS DE BODA
son sus especialidades

TE TUAN-20



FABRICA DE GORRAS DE UNIFORME

GORRAS KAKI ULTIMOS MODELOS • ROSES • CHACOTS • KALPANTS

F. VILLAVEVERDE

Calle Mayor 39. MADRID Envios a Provincias

HIJOS DE JUAN BAUTISTA FEU

DESPACHO: MONTERA, 19

(FÁBRICA: MESÓN DE PAREDES, 79)

MADRID

Establecimiento de toda clase de artículos militares, premiado con diplomas de Honor y Medallas en las Exposiciones a que ha concurrido. Fábrica de botones de metal para el Ejército y Armada, libreas, ferrocarriles, etc. etc. — Condecoraciones finas y falsas de todas clases. — Medallas para premios y exposiciones — Insignias y distintivos con y sin esmalte.

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID. Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.— BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRERAS, DRAGONAS Y HOMBREAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.— BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

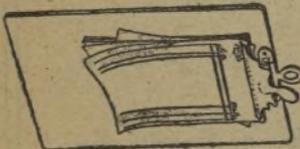
CENTRO GRAFICO ARTISTICO

BLASCO DE GARAY, 32

TALLERES DE FOTOGRAFADO

TELÉFONO 22-091

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR



UN TABLERO PRACTICO

para sujetar correspondencia y toda clase de documentos, en cualquier tamaño, desde la pequeña tarjeta de visita hasta el papel gran folio. Está construido con tres chapas contrapeadas para obtener la máxima resistencia. El mecanismo es de solidez insuperable. Mide 24 por 39 centímetros. Número de orden, 5.836.

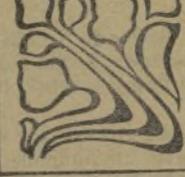
No puede ir por correo. Para envíos por ferrocarril agregar 1,80 pesetas, tanto para uno como para doce tableros.

PRECIO, 2,90 PESETAS

L. ASIN PALACIOS. Preciados, 23. Madrid.



BEBED AGUA FARGAS



BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-urinaris.

PHARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

Papelería e Imprenta de Felipe Martín Crespo

Calle Mayor, 47.

MADRID

Teléfono 211-M

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS DEL EJERCITO

Enseñanza de la Esgrima del fusil con bayoneta

Autor: Capitán D. Luis Pumarola
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio: UNA peseta.

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del ejército o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, anúnciese en ARMAS Y LETRAS y verá prosperar su negocio.

Pida tarifas y presupuestos.

Anuncios por palabras

LA EXPOSICION.—Camisas hechas y a la medida, guantes y géneros de punto. Especialidad en corbatas y calcetines. Príncipe, 19 y 21. Madrid.

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que usó las **FAJAS DE JUSTO.** Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

PARA pasar un rato distraído nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remitan modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.



EDITORIAL ANTEA

APARTADO DE CORREOS NÚM. 486

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: ANTEA

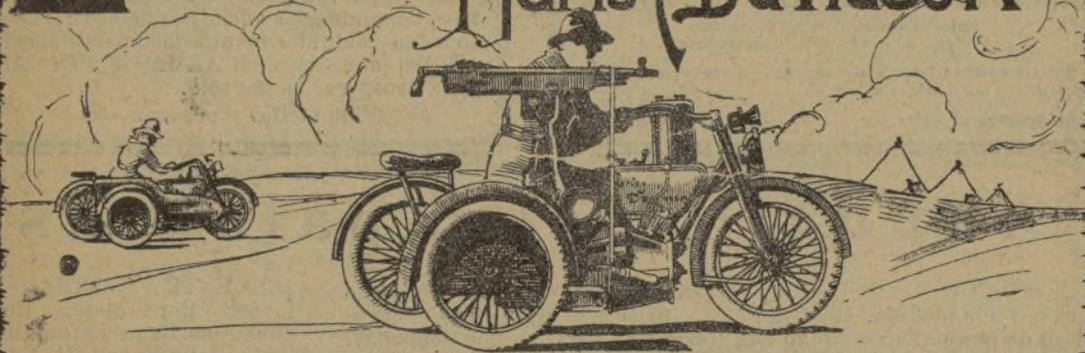
ARMAS Y LETRAS, deseando siempre favorecer a sus suscriptores, ha hecho un contrato con la EDITORIAL ANTEA, con el fin de facilitar libre de gastos de franqueo, y con el 10 por 100 de descuento a los 200 suscriptores de nuestra revista que primeramente llenen el adjunto boletín y lo remitan firmado a esta redacción o a las oficinas de dicha Editorial acompañado de su importe, de cualquiera de las obras editadas por dicha editorial y que a continuación se expresan:

- I. LA REVOLUCIÓN DE LAIÑO. Novela, de Francisco Camba. Premiada por la Real Academia Española (segunda edición), 5 pesetas.
- II. EL VELLOCIÑO DE PLATA. Novela, del mismo autor, cuya primera edición agotóse en ocho días (segunda edición), 6 pesetas.
- III. DOS MUNDOS AL HABLA. Sugestiva y emocionante novela, del Padre Ferrándiz, en la cual nos expone la misteriosa vida de otros mundos, 5 pesetas.

D.
Domicilio
Población
Empleo
Regt.º o Batallón
Arma o Cuerpo
Firma,

LA MOTOCICLETA MILITAR

es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

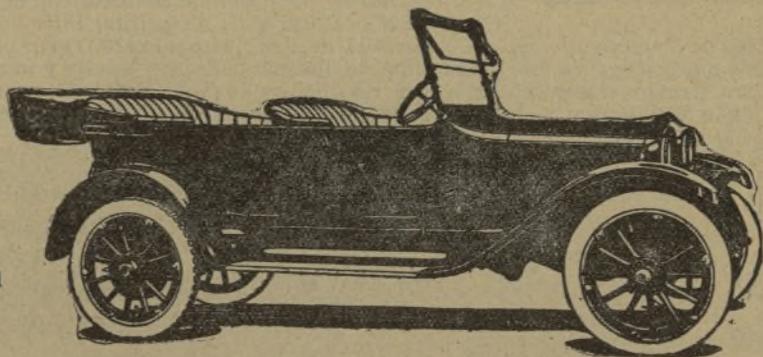
AUTOMÓVILES
DODGE BROTHERS

AGENCIA
Auto - Tracción
(S. A.)

Garage

Talleres

Exposición



Martínez Campos, 49

MADRID

Teléfono J-80

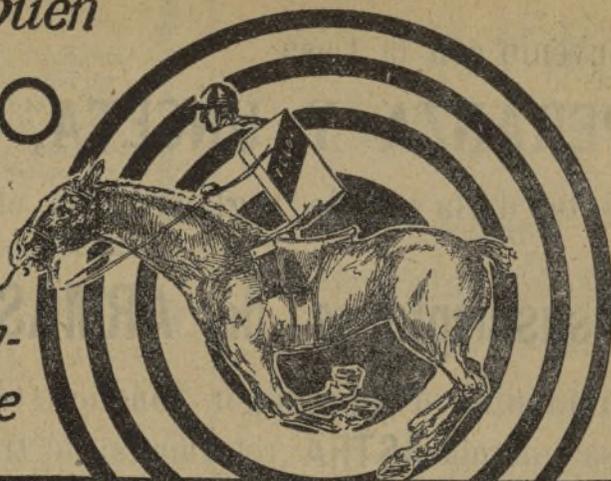
Ayuntamiento de Madrid

un buen jinete

hace un buen

Caballo

Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead



Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticolico F. Mata



DOS GRANDES TRIUNFOS DE LA GASOLINA "SHELL"

1.º de Noviembre.

Campeonato del Real Moto Club de Cataluña.

Los primeros premios en todas las categorías.

5 de Noviembre.

Gran carrera internacional de automóviles "PENYA RHIN"

- | | |
|---------------------|-------------------|
| 1.º Lee Guines. | «Talbot Darracq». |
| 2.º Conde Zborosky. | «Aston Martin». |
| 3.º Ramassotto. | «Chiribiri». |
| 4.º Seegrave. | «Talbot Darracq». |
| 5.º Batlló. | «M. A.» |
| 6.º Feliú. | «Elizalde». |

TODOS CON "SHELL" LA GASOLINA QUE EXIGEN
LOS QUE SIEMPRE TRIUNFAN

DE VENTA EN TODA ESPAÑA

Anuncios "Los Tiroleses"

Ayuntamiento de Madrid

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica
fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de **ARMAS Y LETRAS**

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

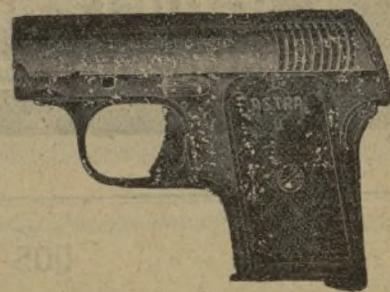
Precio, 46,50 pesetas.

Pagaderas en seis plazos. Enviando al hacer el pedido 11,50 pesetas y el resto en plazos mensuales de 7 pesetas.

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.



¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídale en farmacias y droguerías. 1,50. Per correo 2 pesetas
FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4,
MADRID

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205 - MADRID

Escopetas - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR DE CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. ● ● Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. MADRID

Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodriguez. 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA COMPRO, VENDO

Alhajas,
Papeletas del Monte,
Oro, Plata,
Relojes de buenas marcas,
Antigüedades,
Pianos, Autopianos,
Escopetas,
Máquinas fotográficas,
Gramófonos,
Máquinas de escribir,
Prismáticos
y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9
TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

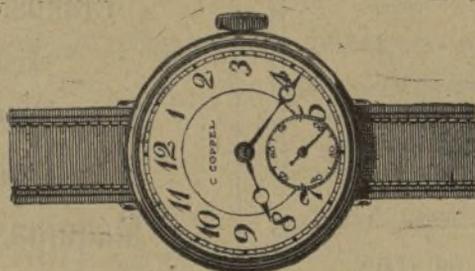
■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■

FÁBRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL

27, FUENCARRAL, 27. MADRID

Proveedor oficial de la Cooperativa del Ministerio de
la Guerra

REMESSAS A
PROVINCIAS



CATÁLOGOS
GRATIS

Núm. 9.098

Reloj pulsera de cuero, máquina fina, de la
marca C. Coppel, en caja de plata de ley,
50 ptas. En caja de oro de ley, 200 ptas.

A pagar en plazos mensuales por media-
ción de la Cooperativa del Ministerio de la
Guerra.

Sucursal en Melilla: Calle O'Donnell, 23



ACADEMIA TORRES

PREPARACIÓN PARA EJÉRCITO Y MARINA :: ::

:: :: ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

RESULTADO OBTENIDO EN EL ÚLTIMO AÑO, 41 PLAZAS EN EJÉRCITO Y 19 EN MARINA
EN ARTILLERÍA DE LA ARMADA OBTUVO 9 PLAZAS DE 10 CONVOCADAS

Este centro de enseñanza dispone de capilla a cargo del director espiritual del mismo

EXTERNOS * MEDIO INTERNOS * INTERNOS

CALLE DE PIAMONTE, NÚM. 7.--MADRID

*En campaña, en guardias, en maniobras debe
llevar siempre consigo una Pluma Ideal
Waterman*



Casa Crespo
Mayor 47

MADRID

Conocida en el mundo entero :: Esta pluma

Precio del modelo «Safety» 30 pesetas.

Píndela por conducto de «Armas y Letras», la CASA
CRESPO la facilita a los jefes y oficiales del Ejército,
y a pagar en seis plazos mensuales, sin aumento de precio. De
volución en los ocho días al no convenir.

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS
Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. e Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA
PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



SASTRERÍA
MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS
Y VENTAS

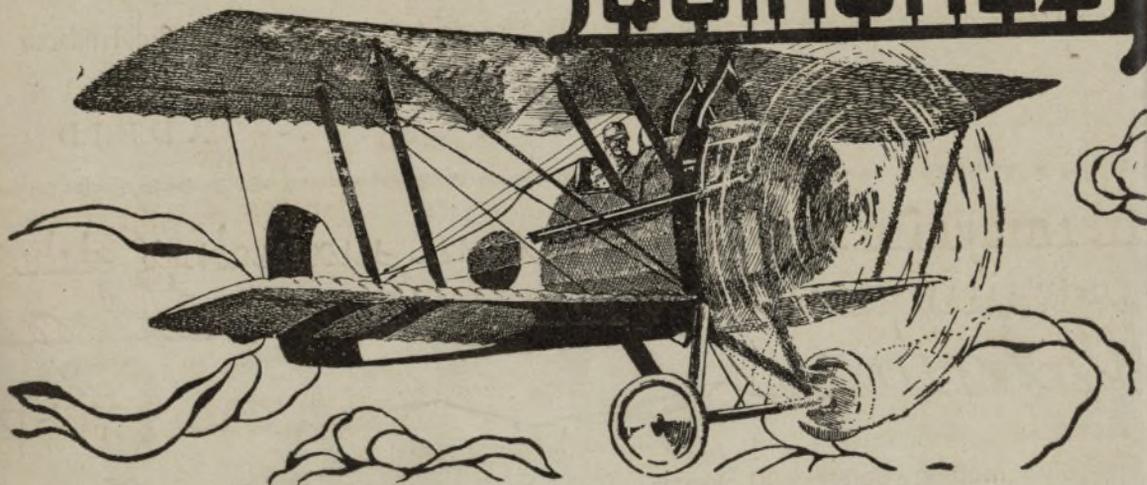
LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
kalpats. Calle Mayor, 67, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

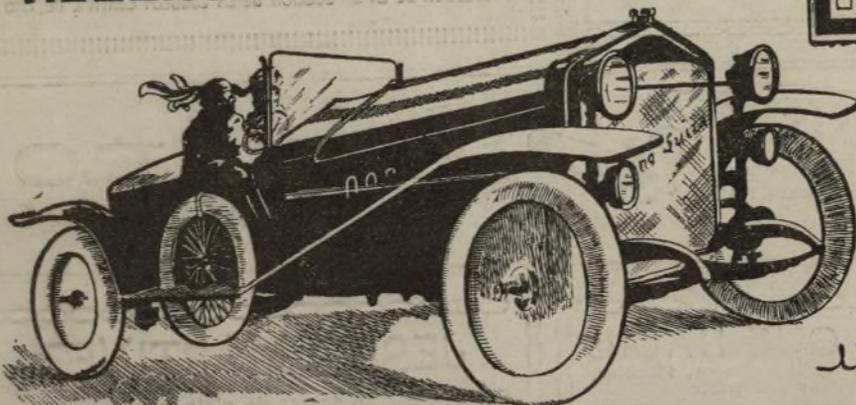
para Automóviles, Globos y Aeroplanos

PROVEEDORES DE LA AERÓNAUTICA MILITAR DE ESPAÑA

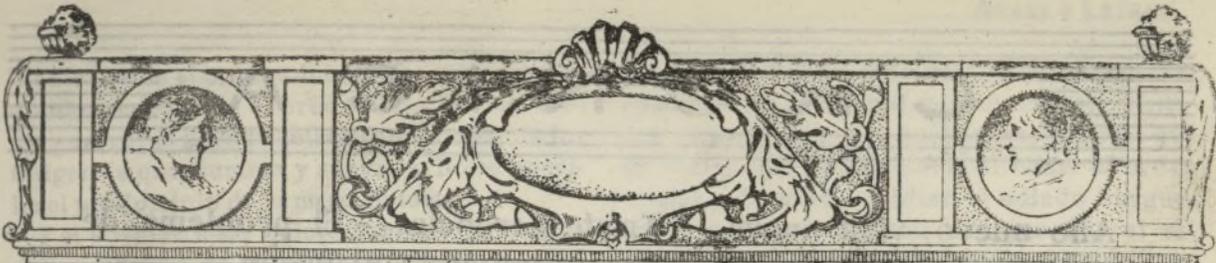
Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de
acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices.
Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos
para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas. OLEOSOL, etc.

TELEFONO J-1342
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Châleux



ARMAS Y LETRAS

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES ·
DEPORTES · LITERATURA · PASATIEMPOS ·
CURIOSIDADES · VULGARIZACIONES · CIENTÍFICAS

DIRECTOR-PROPIETARIO: VICENTE VALERO DE BERNABE

OFICINAS:
CALLE MAYOR, NÚM. 86
APARTADO DE CORREOS 886

AÑO IV NÚM. 48

15 ENERO 1923

Precios de suscripción
Trimestre... 3,75 ptas.
Semestre... 7,50 »
Año..... 15,00 »

EXTRANJERO
Semestre... 12 00 ptas.

Administrador: JOSÉ VALERO DE BERNABÉ

SUMARIO

Crónica.

Romance histórico.—Un andaluz.

Cuentos de "Armas y Letras".—El regalo de Reyes.

La lucha en los aires.—Proezas de un aviador de la gran guerra.

Páginas de arte.—Interior árabe.

Páginas deportistas.—Cómo se salta a caballo.

El Sultán y el ejército turco.

Vulgarizaciones convenientes.—Cómo se mide el caudal de un río.

En serio y en broma.—Pitorreos inofensivos.

De aeronáutica.—Los aero-puertos para dirigibles.

Cuento.—La hora gris.

Novela.—El vellocino de plata.

Variadas, actualidades, entretenimientos, anécdotas y curiosidades.

CRÓNICA

Año nuevo, vida nueva. — Triste herencia. — El problema de las responsabilidades. — Imitando al fascio.

¡Año nuevo, vida nueva!

ARMAS Y LETRAS inaugura en este número, con el cuarto año de su vida, reformas interesantes que pretende sean del agrado de sus lectores. Además del aumento de sus secciones y de la ampliación de sus páginas de texto, ARMAS Y LETRAS tratará un poco de las cuestiones de actualidad. Y al iniciar estas crónicas, que podrán ser deslabazadas, pero siempre llenas de firme verdad y de patriótica orientación, que tratarán de reflejar el sentir de la gran familia militar, ARMAS Y LETRAS se afirma una vez más en los ideales altísimos que cimentaron su fundación.

Triste herencia.

Triste herencia la que nos lega el año 1922. Semejamos a aquellos infanzones que se encuentran al morir el padre minada la herencia por gabelas de tal suerte, que apenas puede atender a remediar el derrumbamiento de la Casa hidalga que se cuarteja porque en día de tormenta algún mal intencionado aumentó con fuertes golpes de ariete los destrozos del temporal. Y los infanzones, que no quieren vivir sin el prestigio de su casa, que no pueden considerarse merecedores del desvío de la opinión, ponen todos sus afanes por mostrar su verdadera condición caballerosa, reúnen sus esfuerzos para volver el edificio al esplendor primero, y montan las guardias en defensa contra la mala intención.

El problema de las responsabilidades.

El derrumbamiento de la Comandancia general de Melilla, ha originado cincuenta casos de responsabilidad y 5.000 de heroísmo. ¿Por qué al hablar tanto de los primeros no se mencionan los segundos? ¿Porqué al lado de los culpables, no se escriben los nombres de los mártires? Y aun entre los presuntos culpables, habría que delimitar la responsabilidad que cabe al jefe de una posición abandonada por sus superiores, privada de elementos de toda clase y sabiendo que nadie se los va a facilitar, cono-

ciendo órdenes generales de evacuación y no hallando la organización de las posiciones de segunda línea, que han de garantizar el repliegue de las de primera. Se ha ido a Melilla a buscar culpables ¿y qué duda tiene que se habrían de encontrar? En aquel desconcierto, en aquella desorganización, ¿quién no faltó a algún artículo de la ordenanza, siquiera fuese de pensamiento? Pero quieren olvidarse los que buscan de que los únicos culpables son, no los que con mayor o menor fortuna se batieron, sino los que organizaron y dirigieron. *Derrumbamiento...* Cuando una casa se derrumba, la responsabilidad se exige al arquitecto que planeó mal la colocación de los puntales y cimientos que habían de sustentar la obra...

Imitemos el fascio.

Fascio quiere decir haz, unión. Este vocablo italiano tomará carta de naturaleza en todos los idiomas; llegará a ser tan vulgarizado como el de *bolchevismo* y desde luego será extraordinariamente más revolucionario.

Porque detrás del *fascio* se oculta un movimiento tan insólito, de tan extraordinaria novedad que sólo el enunciarlo da idea de toda su importancia. Es un movimiento mesocrático; el *fascio* es la unión de las clases medias.

Y surge precisamente cuando comienza el declive de todas las agrupaciones obreristas. ¿Casualidad o ley fatal de renovación?

Las cosas suceden cuando deben suceder; y el obrerismo, en sus distintos matices o clasificaciones, teorías de Marx o de Lassalle; teorías de Saint Simón o de Fourier; socialismo, sindicalismo, comunismo, anarquismo, todo esto, ya como ensueño utópico, ya como plasticidad real tendrá un valor más o menos relativo; como fuerza social directriz ha fracasado ruidosamente.

Y tenía que ser así. La supremacía del proletariado era una aberración que sólo ha podido prevalecer por breve tiempo. Una dictadura que sólo se funda en el número es notoriamente incapaz. El número no es nada sin la inteligencia. La inteligencia es el *alma mater*

Se concibe el predominio de las castas sacerdotales; se concibe el predominio de las castas guerreras porque detrás de ellas está la inteligencia que ilumina y subyuga. No se concibe el predominio de la masa indocta.

Y si además, ésta, quiere dominar en exclusivo provecho de sí misma sin lazos ninguno de solidaridad con los demás mortales porque no recen en su credo; sin la afinidad espiritual de la religión, porque la menosprecian y sin la idea de patria porque la niegan, su fracaso es rotundo y definitivo.

El obrerismo, como una amenaza, no pudo nunca basarse más que en el miedo de los demás; en la falta de coherencia de las otras clases.

Y para demostrarlo cumplidamente ha surgido el *fascio*. Prepotente el obrerismo, después de la guerra, prevaleciendo con un carácter de agresividad inusitada, tratando de imprimir al Estado un matiz comunista, borrando la idea de patria o nacionalidad al recibir de Moscov la dirección y la enseñanza, tomando en fin, como campo de experimentación a Italia, las fábricas fueron asaltadas y sus antiguos dueños fueron desposeídos; los servicios públicos—el principal de ellos, el ferroviario—concienzudamente desarticulado; la corona de Italia vacilante en las sienes de Víctor Manuel; el poder público mediatizado y la nación italiana al borde del caos y de la infamia bolchevique.

Entonces surgió el *fascio*. Lo componían hombres de muy distintos y aun antitéticos sectores de la vida italiana; pero todos ellos o en su inmensa mayoría, procedentes de la clase media, que, cansada de ser yunque se había decidido, ¡al fin! a ser martillo.

Y ¡corpo di Baco! ¡Que lo han conseguido a maravilla! Las Casas del Pueblo, verdade-

ros nidales donde todo despotismo y toda ferocidad tuvo su natural asiento, fueron asaltadas e incendiadas; las huelgas caprichosas que no tenían más objeto que quebrantar el orden social y de paso fastidiar al odiado burgués dejaron de ser una amenaza por que el *esquirols* no fué ya el pobre mercenario acobardado sino el ciudadano consciente y con armas dispuesto a no dejarse atropellar....

Y el *fascio* crecía, crecía; eran veinte, treinta, cuarenta, cien mil hombres disciplinados que unidos por el noble impulso de un ideal altísimo se habían impuesto la sagrada misión de salvar a Italia y acabar con el espantajo vergonzoso del comunismo.

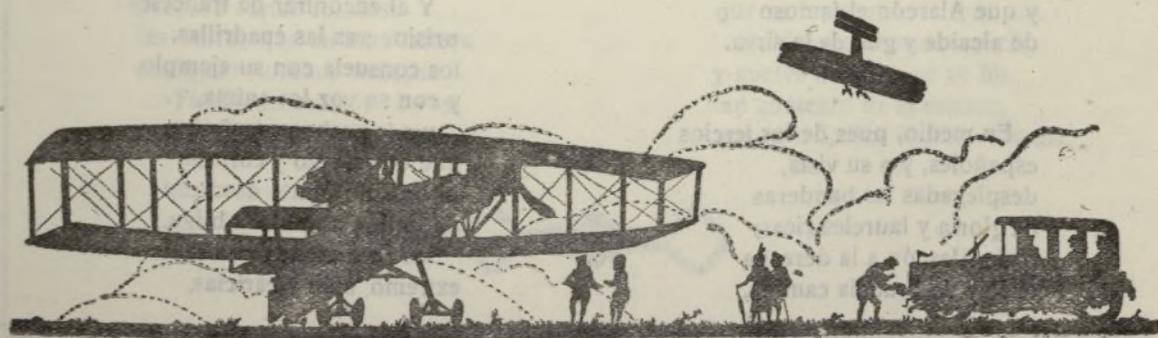
Han vencido en toda línea. Al obrero se ha dado a entender que no por tener callos en las manos es el único que trabaja y el único que tiene derecho a la vida. Al republicanismo fósil que la forma de gobierno no es esencial en la vida de los pueblos; que lo esencial es que los hombres que gobiernen ya bajo la ficción de una corona o de un gorro frigio tengan buena voluntad y sean honrados; a la taifa política, en fin, que el parlamentarismo es una cosa caduca y absolutamente estéril.

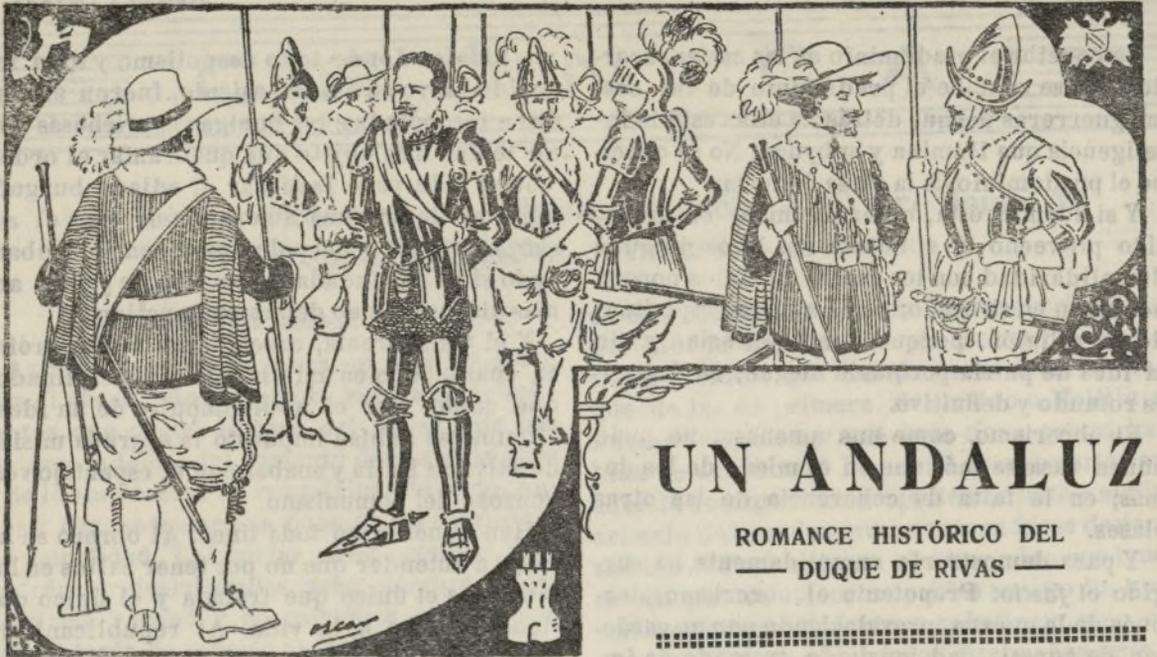
Y ahí tenéis a Italia en los momentos actuales bajo el poder dictatorial de un *hombre*, Mussolini, cuyo programa de gobierno es sencillísimo: orden, trabajo, economía.

El signo de cambio; la moneda es el verdadero termómetro de los pueblos modernos; y la lira enferma, enfermísima comienza a sanar y a subir.

Loor a la clase media inteligente, laboriosa, callada, y que atesora una enorme fuerza, fuerza espaciada, desviada, perdida.... ¿Quién te encauzará a tí en España?

ANTONIO DE GOLLURI





UN ANDALUZ

ROMANCE HISTÓRICO DEL
— DUQUE DE RIVAS —

Reunidos los generales
de las naciones distintas,
que el ejército de César
ya vencedor componían,
acatan al Rey cautivo
y le consuelan y animan,
conducirlo disponiendo
a los muros de Pavía.

Darle un corcel generoso,
con honrosa comitiva
de franceses personajes
que rendidos le seguían.

Y antes confesando todos,
con admirable justicia,
que victoria tan insigne
triunfo tan grande y tal dicha,
se debe tan solamente
a la española milicia,
disponen que España sola
tenga la prerrogativa
de guardar un prisionero
de tan importante estima;
y que Alarcón el famoso
de alcaide y guarda le sirva.

En medio, pues de los tercios
españoles, y a su vista,
desplegadas las banderas
de gloria y laureles ricas;
de Alarcón a la derecha
el Rey de Francia camina,

esforzándose orgulloso
en dar a su faz sonrisa.

Los escuadrones tudescos,
que una ladera contigua
de aquel camino ocupaban,
al pasar la infantería
española, entusiasmados
le hacen salva, y alta grita
levantan hasta las nubes
repetiendo: ¡España viva!

Al Rey suspende tal muestra
dada por las tropas mismas
del ejército triunfante,
y es novedad que le admira.

Reconociendo cuán alta
la española gloria brilla,
pues competencias no admite
y da admiración, no envidia.

Afable el Rey conversando
con las personas distintas
que le cercan, caminaba
gallardo sobre la silla.

Y al encontrar de franceses
prisioneras las cuadrillas,
los consuela con su ejemplo
y con su voz los anima,

y a los cabos españoles,
que en respeto y cortesía
ni un solo punto desdicen
de lo que a nobles obliga,

los recomienda con tanto
extremo, afán y caricias,

que se arrasaban los ojos
de cuantos allí venían.



En los altos de la marcha
embarazosa y prolija,
varios soldados de cuenta
a ver al Rey acudían.

Y el Rey demostraba atento,
con delicadeza fina,
gusto en que le presentasen
los de garbo y nombradía.

Llegó entre tantos acaso
Roldán, hijo de Sevilla,
llamado el *Arcabucero*,
mote puesto con justicia;
pues lo era tan extremado
que nunca erró puntería,
clavando siempre la bala
donde clavaba la vista.

Este tal, galán y apuesto,
de cara muy expresiva,
de talle en extremo airoso,
de aguda fisonomía;

con aire matón y jaque,
calzas de majó y ropilla,
con un inmenso chapeo
de alas luengas y tendidas;
con su cuera y sus mangotes,
y sus frascos en la cinta,
de recamos adornada
y de escarcela provista,

se acerca al Rey, y apoyado
del arcabuz en la horquilla,
y zarandeando el cuerpo,
cual hombre que nada admira,

«—Señor—con ceceo dice,
y lengua, aunque gorda, viva—,
cuando mi sargento anoche
me dijo que combatía

»Vuestra Alteza en este empeño,
preparé varias cosillas;
las trastos que en tales lances
cualquier hombre necesita.

»Fundí, señor, doce balas,
que al cabo son la comida

de esta serpiente—mostróle
el arcabuz con sonrisa,

»prosiguiendo—; fundí, digo,
doce balas, las precisas,
seis de plomo, destinadas
a canalla gabachina;

»y las seis, muy a mi gusto
cumplieron; ¡Dios las bendiga!
Fundí otras cinco de plata
para gente de alta guisa;

»y en cinco ilustres monsiures
se hallarán no están perdidas,
que ¡vive Dios! tal acierto
no lo he tenido en mi vida.

»Y una fundí, finalmente,
de oro muy puro y sin liga,
aquí está, señor, miradla.»

Expuso a la regia vista
una gruesa bala de oro
que en la escarcela traía,
continuando sin turbarse,
con gracejo y con malicia:

«—Gran señor, fundí esta bala
para daros muerte digna,
si en el combate de veros
se me lograba la dicha.

»Y ya que vuestra fortuna
no os puso en mi puntería,
vuestra debe ser la prenda
que siempre vuestra a ser iba.

»Tomadla, señor, tomadla;
pesa dos onzas cumplidas,
y puede que para ayuda
de vuestro rescate sirva.»

Al rey Francisco tal gracia
hizo aquella retahíla
del andaluz, y el despejo
con que acertara a decirla.

que, afable, tomó la bala
diciendo: «—Amigo, la estima
mi aprecio en mucho, y confío
que os lo mostraré algún día.»

Roldán le hizo reverencia
y vuelve a entrar en su fila
tan contento de sí mismo,
que ni a Carlos Quinto envidia.



EL REGALO DE REYES

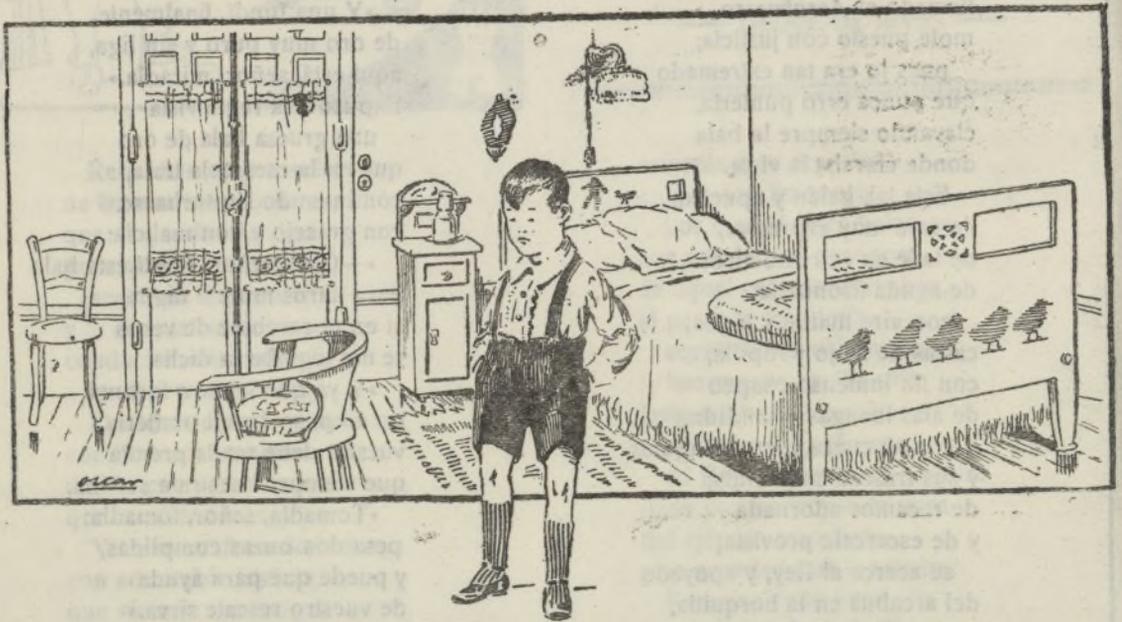
Pedro se llamaba Pedro; pero desde muy niño le llamaron Pedrín. Eran los tiempos en que sus papás poseían una modesta tienda de *frutos* coloniales—vulgo chorizo, salchichón y queso manchego—, todas cosas, como verá el lector, muy de las colonias.

Mas los tiempos cambiaron. Sobrevino una famosa guerra en la cual se luchaba por la Libertad de los Pueblos; el aplastamiento del imperialismo prusiano y el predominio de la Democracia Universal.

El padre de Pedrín vislumbró detrás de aquellas

¿Qué dirían sus compañeros de juegos infantiles, llamados *Mimi*, *Fufú*, *Lolo* y *Quiqui*?... ¿No hubiera sido una nota discordante y excesivamente indígena?... Como hubiera sido una broma de mal género recordar al padre de Pedrín su blusa nada limpia de honrado tendero. Fué cosa decidida.

Pedrín no se llamaría Pedrín; se llamaría *Din*—que sonaba a algo exótico—; y como los niños tienen una decidida afición a duplicar las sílabas finales, sus nuevos amiguitos le llamaron *Din-Din*. El pobre Periquito acudía a este nombre, que tenía un cierto tintineo metálico, y que en cierto



Din-Din se preguntaba en la soledad de su suntuosa morada: ¿Qué me traerán los Reyes?

frases sonoras y altisonantes que había un formidable negocio—no en balde era adorador ferviente de Mercurio, el de los pies alados, dios de los cacos, los que trafican y los que levantan alto el vuelo—.

Traficó, traficó en grande, y los talegos de alubias, patatas y garbanzos se convirtieron en toneladas; la modesta tienda, en espaciosos depósitos, y cuando la guerra fué acabada y el terrible imperialismo prusiano aplastado, la Libertad de los Pueblos restablecida y la Democracia Universal sólidamente cimentada, el padre de Pedrín era diez, quince, veinte veces millonario. ¡Loado sea Dios!

* * *

Había que cambiar el nombre de las cosas. *Mutatis mutandi*. Pedrín ya no podía ser Pedrín.

modo simbolizaba todo el historial de su ilustre progenitor.

* * *

Eran los días precusores de la fiesta de Reyes. Las imaginaciones infantiles modelaban a su manera mundos fantásticos e infinitos. *Din-Din* soñaba también. ¿Qué le traerían los Reyes?...

Apenas tenía ocasión de formular esta pregunta a sus papás. ¡Estaban los dos tan ocupados! Su papá era Consejero de muchas Compañías. En la alta Banca, su influencia era decisiva; hasta la política, tan esquiva con otros, a él le había ofrecido un escaño en el Senado, y entre Consejos, sesiones y cabildeos, apenas podía dedicar el buen señor unos momentos a su hijo.

Pero..., ¿y la mamá? ¡Ah! Su mamá estaba em-



«La preceptora tuvo que sostenerse. Toda su sangre afluyó al corazón.»

bargada por las más arduas ocupaciones. Era Visitadora del «Niño Abandonado»; Hermana mayor de la «Cofradía de los Celadores del Buen Decir»; Protectora de la Sociedad «La Cuna Perdida», y por si todo esto era poco, tenía que elegir sus toaletas. Unid a esto las exigencias del té, del teatro y del paseo, y decidme si la pobre señora tenía materialmente tiempo para algo... *Din-Din* se preguntaba en la soledad de su suntuosa morada: ¿Qué me traerán los Reyes?

* * *

Margarita, la buena Margarita no podía satisfacer la vehemente curiosidad de su querido *Din-Din*. Ella daba al niño todo lo que podía dar: el tesoro infinito de su corazón. La pobre expatriada a quien el vendaval de la guerra le arrebató con los seres queridos hasta la huella de su hogar, mísera fugitiva de su tierra asolada, ponía en aquella cabecita rubia y aquella tez sonrosada toda la exaltación del sentimiento prolífico de su raza; pero no podía sustituir lo que es insustituible.

* * *

Un día que la densa niebla invernal había impedido el cotidiano paseo, *Din-Din* abordó a sus papás con la obsesionante pregunta: ¿Qué me traerán los Reyes?...

Era la hora propicia. La comida, copiosa y refinadamente presentada, apenas había terminado. Aún el vaporcillo de los vinos selectos operaba en los estómagos todo el maravilloso optimismo de

que es capaz una vieja cepa de Jerez o Burdeos.

—¿Qué me traerán los Reyes?...

—Los Reyes, hijo mío, te traerán un caballo blanco, muy blanco, y tú te montarás en él y le apretarás un botoncito que lleva en el cuello, y el caballo blanco correrá mucho, mucho...

El niño palmoteaba, rojo de embición:

—Di, papaíto: ¿Y correrá más que la bicicleta de Quiqui?

—Mucho más.

—Y tú, mamaita—continuaba *Din-Din*, insaciable—: ¿Qué me traerán los Reyes?

—Los Reyes le van a traer a mi niño un pajarito muy bonito que va a tener las alitas de plata y el piquito de oro, y cuando tú le tires de un hilito, el pajarito cantará, cantará mucho, mucho.

* * *

La buena Margarita estaba algo intranquila por su *Din-Din*. La fantasía y la vehemencia del niño, exacerbadas, le tenían como alocado después que sus papás le abrieron el paraíso maravilloso, en el cual vuelan los caballos blancos y cantan los pájaros de oro.

Expuso sus temores a la señora. Habían sobreexcitado demasiado la imaginación del niño. *Din-Din* no dormía bien y tenía sueños febriles... Se permitía llamar la atención de los papás sobre la exquisita y extremada sensibilidad del niño...

—¡Ah! ¿El regalo de Reyes? Sí; habrá que ocuparse de eso.

No tuvo tiempo la mamá de decir otra cosa; en aquel momento la esperaba el «auto» para conducirla a la Ópera, y toda su atención estaba, por otra parte, reconcentrada en una cierta interrogación que hacía al espejo.

Llegó la noche de Reyes. Noche fantástica y embrujada, toda ella poblada de locos desvaríos para el cariño infantil. Esta noche el niño sueña como ya nunca volverá a soñar.

Dieron las nueve. La institutriz visiblemente perdía todo su aplomo y su flema norteña. Preguntó a los criados, inquirió al ama de llaves, habló con el mayordomo, y no habían traído recado alguno ni estaban comisionados de nada. Los señores cenaban fuera de casa.

Margarita, antes de acostarse, observó al niño. *Din-Din* dormía un sueño fatigoso; le tocó en la frente, y ardía la piel. Por última vez fué a echar una mirada al balcón; los zapatitos soportaban impávidos una helada espantosa.

Aun al meterse en el lecho, la institutriz conservaba un rayo de esperanza... Tal vez—se decía—, a la vuelta del teatro, de la Recepción o de donde sea, lo traerán. Otra cosa es increíble y absurda.

Apenas una claridad cenicienta comenzaba a filtrarse por el resquicio de las maderas, Margarita saltó del lecho; casi sin vestirse se dirigió al balcón.

La impaciencia y la intranquilidad la torturaban. Abrió las vidrieras:

—¡Dios Santo!

El charol de los zapatitos estaba cubierto de una capa gris formada por la escarcha, y no había más.

La preceptora tuvo que sostenerse. Toda su sangre afluyó al corazón; acudió al cerebro, en tropel vertiginoso, todo el recuerdo tremebundo de su horrible desgracia; su hijo y su esposo, desaparecido en la vorágine de la guerra; su hogar, deshecho; su vida, rota..., y aquel pecado inconcebible de loca frivolidad, crimen monstruoso de lesa maternidad, más bien, le suscitó la crisis. Comenzó a sollozar con un desconsuelo infinito, y sin saber a punto fijo lo que hacía, llevando los zapatitos en la mano, se arrojó sobre la cama del niño y le apretó contra su corazón.

Din-Din se despertó en brusco sobresalto, y con ojos de alucinado, exclamó, presa de una emoción indecible:

—¿Qué me traen los Reyes? ¿Qué me traen los Reyes?...

ANTONIO DE GOLLURI

UNA CARRERA DE CABALLOS

En el día de Navidad celebran los indios las carreras de caballos, en las que se cruzan apuestas y los comanches pueden lucir su destreza y sus ligeros caballos.

He aquí como se verifican:

Un indio de avanzada edad y de aspecto respetable penetra en el círculo; con graciosos movimientos arroja en tierra su manta colorada, y arrodillase después delante de ella para recibir el dinero de las apuestas que han de cruzarse. Varios hombres echan duros o algún objeto de valor, como, por ejemplo, una carabina inglesa y un revólver de Colt. A pocos pasos del sitio un muchacho comanche comienza a desnudarse hasta quedar en camisa y calzoncillos; su padre murmura algunas palabras a su oído, y condúcele junto a una jaca que piafa impaciente, como si comprendiera lo que debe hacer aquel día. El muchacho quiere montar de un brinco, y queda suspendido del cuello del cuadrúpedo; pero con sus pies se apoya en los músculos superiores de la pierna del animal, y, semejante a un mono, toma al fin la debida posición. El chico monta en pelo y sin más agarradero que la brida; mas a pesar de esto, se mantiene firme como una roca.

Un kiowa se destaca de un grupo, galopa hasta la pradera y se detiene en el lugar que debe ser el punto de partida, siguiéndole media docena de jacas montadas todas por sus jinetes medio desnudos. Los espectadores indios descansan perezosamente en sus caballos, inmóviles como ostras, y tan indiferentes al parecer como si no estuvieran en juego sus intereses.

De repente se oye una detonación, vese salir humo de la carabina del kiowa, y en el mismo instante arrancan las cinco jacas que deben correr primero. Muy pronto desaparecen, rodeadas de una nube de polvo; los jinetes, inclinados sobre sus monturas, las estimulan con la voz y el ademán; a cada tropezón las fustas de los indios agitan el aire, y en aquella carrera vertiginosa nadie sabe al principio quien lleva la ventaja. Pero ¡ah! ya vuelven; entre la densa polvareda, los cinco jinetes parecen irresistible avalancha, ya se acercan; ya se distinguen bien, y dentro de un segundo se decidirá la victoria. El muchacho comanche va delante de todos: sus ojos brillan, animados por la excitación del momento, pues acaba de batir al invencible *Bayo*, orgullo de la tribu de los comanches, y ha ganado el premio en la carrera.

Proezas de un aviador de la gran guerra

El capitán Fonck, del Ejército francés, es considerado el *as* de los *ases* de la aviación militar, por su pericia y por su arrojo durante la guerra europea.

Era en 1914, un soldadito jovencillo. Hoy es, presidente de la *Liga Aeronáutica* francesa, comendador de la *Legión de Honor*, capitán y hombre de reputación universal en cuanto a navegación aérea.

Por eso es muy curioso conocer algunas de sus emociones sentidas en el aire, contadas por él mismo, y que sin comentarios reproducimos.

bituado. De repente, una granada alcanza mi motor; ¡páñe inmediata! Dos soluciones se presentan: aterrizar sano y salvo en el aeródromo enemigo de Colmar, dejándome capturar, o bien arriesgarme a ir a posar a las montañas Honeck. Este segundo extremo de la alternativa fué elegida por mí instantáneamente; mi observador prefiere la otra; pero yo, consciente de ser el dueño a bordo, acepto la responsabilidad sin desconocer el peligro. Si aterrizo demasiado corto, caigo en las rocas y nuestros cuerpos se harán una papilla, y si poso dema-



El capitán aviador Fonck, as de los ases de la flota aérea francesa durante la gran guerra.

La cautividad, la muerte o la precisión.

Yo creo haber experimentado toda clase de emociones posibles; largas, cortas, terribles y dulces. Algunas capaces de envejecer por diez años en diez minutos, otras que persiguen por la noche como una pesadilla; estas son sentidas después de pasadas y aquellas hacen apreciar la vida.

Estas últimas, dejan en el corazón un perfume de frescura que obliga a ser modesto; pero es necesario comprenderlas y disecarlas. No me corresponde a mí hacerlos, porque aparecería un pretencioso. Dejo a otros el cuidado de estudiarlas. He aquí una emoción larga: se remonta a junio de 1915, siendo yo piloto novel.

Partí para efectuar un gran reconocimiento, llegando sobre Colmar y encontrando un gran concierto de artillería antiaérea, al que ya estaba ha-

siado largo, voy al otro lado de la montaña cuya caída es cual cortada a pico, de 600 a 700 metros de profundidad. La papilla se retrasará algo, pero el salto será mejor.

Corro el albur; es una cuestión de precisión y de confianza en sí mismo; pues no olvidemos que la confianza en uno mismo, es la base del buen resultado en todo y siempre.

Queriendo aterrizar en nuestro terreno, yo sabía que era capaz de un prodigio. Había sido tocado por el proyectil, a 250 metros de altura. Dos o tres minutos bastarían para el descenso. Me parecieron dos siglos. ¿Qué iba a suceder cuando tocara tierra?

El tiro de cañón nos perseguía; los 130 nos encuadraban procurando derribarnos antes que desapareciéramos de su vista. Era preciso cercarnos, se aproximaban; mi angustia era tal, que ni me acordaba de mi acompañante, solo pensaba en aterrizar.

¡Ahí, llegamos! ¡Ahora es cuando hay que tener serenidad! Me conduje como un equilibrista en el alambre sobre el Niágara, mis ruedas frotan el suelo sobre el terreno elegido tan grande como un pañuelo y freno en el momento justo y preciso para que estemos salvados.

¡Oh, esto es la vida y la libertad!

Esta fué una de mis primeras emociones; fué terrible, pues duró mucho tiempo. He ido después a ver donde aterrizé, y no encuentro otra palabra: estoy *espantado* de verme vivo.

Las alas se desgarran.

En febrero de 1918, en Verdum, perseguía a tres aviones de a dos plazas, de reconocimiento, que al apercibirme, pican a 5.000 metros en dirección a sus líneas para escapar. Deseando yo atraparlos, pico a pleno motor, para acelerar mi velocidad; pero con tanta exageración, que la tela de mi plano superior se rasgó. ¿Qué hacer? ¿la fatalidad va a triunfar?

No hay que desesperar. Una maniobra me salvará acaso. Mi avión completamente desequilibrado, se tumba de ala y trabajo con todas mis fuerzas para evitar que se ponga en barrena. Me doy exacta cuenta del peligro y de que tengo noventa y nueve probabilidades de matarme contra una. ¡Si yo encontrara esa una!

Paro el motor y me deslizo sobre el ala impidiendo al viento precipitarse por la abertura, y así desciendo de 4.000 metros, preguntándome sencillamente ¿Llegaré al final?

Milagrosamente aterricé sin daño alguno; pero no he sentido emoción tan fuerte. Me parecía que iba directamente a la muerte.

He experimentado en estos diez minutos un martirio tan cruento y que ataca al sistema nervioso, teniendo más tarde, consecuencias terribles.

Diez minutos en Alemania.

En septiembre de 1915, había emprendido un largo reconocimiento de las líneas enemigas, y estando a cincuenta kilómetros de las nuestras empezó a vibrar mi motor. ¡Mal negocio! Dí media vuelta con la esperanza de poder volver a nuestro suelo; pero las vibraciones cortan el tubo de llegada de la esencia, y panne en seco. Fué preciso descender en *Bochie* (Alemania). Dando por sentado que me decidía a ser prisionero, trato, sin embargo de tentar la fortuna intentando escapar. Busco una dirección retirada, apartada de las aglomeraciones y bastante bien abrigada, aterrizando entre dos bosques sin

incidente. Salto a tierra, cierro el depósito de esencia, coloco bien el tubo en su sitio, saco mi pañuelo de mano y le practico una ligadura. ¡Necesito una cuerda! rápido corto el cordón de mi bota, sujeto y completo con él la ligadura del tubo roto, hago girar la hélice, el motor marcha, salto como un volatinero a la carlinga y levanto el vuelo en medio de una patrulla alemana que venía a apresarme.

Los enemigos nos tiran en vano y conduzco a mi observador sano y salvo a nuestro aeródromo. Habíamos estado unos diez minutos en territorio adversario.

Entre el cielo y la tempestad.

En aviación, he desempeñado todo género de comisiones; no hay una que no haya practicado, y sin duda este ecletínio es el que me ha hecho ser el cazador que he sido.

Recuerdo siempre con emoción, mi primer bombardeo, de Fibourg-en-Brisgan, agosto de 1915. Había pedido ir como voluntario con el primer bimotor que se recibió en la escuadrilla.

Me lancé a volar solo, con diez bombas a bordo. Franqueé las gargantas de los Vosgos, el Rhin, la Selva Negra y llegué sobre mi objetivo. El tiempo se ensombrecía, me volví y percibí una nube formidablemente negra. Dejé caer mis proyectiles desde seiscientos metros de altura sobre la ciudad y me dispuse a volver.

Atravesé sin incidentes una parte de la Selva Negra; pero sobre el Rhin, la nube iba muy baja y atravesé la planicie de la Alsacia a 200 metros de altura y en pleno huracán. Bien; pero para reunirse a nuestras líneas hay que pasar las montañas de los Vosgos a 1.200 metros. No vacilo y trato de franquear las nubes que constituyen un mar de más de tres kilómetros de espesor; me detengo allí entre relámpagos durante veinte minutos, pugnando sin cesar por elevarme. Al fin alcanzo los 3.500 metros y encuentro las delicias del sol; la tempestad continúa rugiendo a mis piés y estoy a mi placer; pero ignoro la dirección totalmente, porque mi brújula se ha descompuesto con los efectos de la tormenta y está incapaz de indicarme el camino. Quiero entrar en Francia a toda costa. Pero ¿la tengo delante, detrás, a derecha o a izquierda? Reflexiono, miro el reloj y veo que es la una. En este momento, el sol está casi en pleno sur; pico hacia el sudoeste porque el viento me echa; sigo casi durante hora y media sin saber cual es mi situación; pero en cambio veo bajar el nivel de la esencia, de modo inquietante, y entonces atravieso el mar de nubes por vez si descubro alguna tierra.

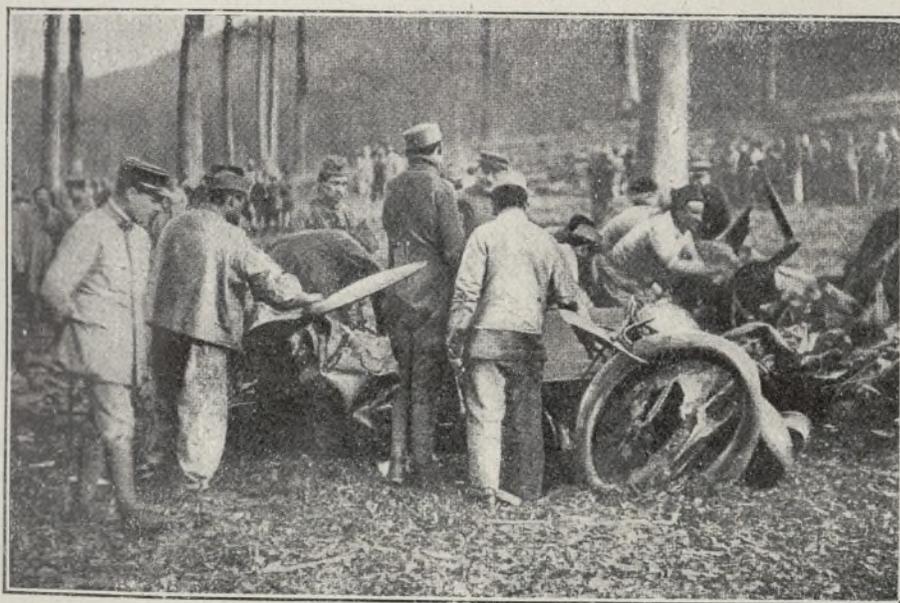
A 500 metros de altura, hallo la luz que había dejado tres kilómetros arriba; y viendo un hermoso emplazamiento no vacilo en aterrizar. Encuentro allí un campesino, y tomando la precaución de no parar el motor, por si me hubiera equivocado de dirección, le pregunto.

Jamás podía parecer más largo el tiempo entre una pregunta y una respuesta que se espera, como yo esperaba: «France» y temía oír «¡Deutscheland!» El indígena no me entiende ¿será una casualidad? Repito la pregunta y alza la cabeza y me indica un pueblecillo; pero yo no saco nada de su jerga, no

Doble interrupción.

Estamos en la primavera de 1918, preparé mi avión-cañón y alcé el vuelo; desde unos 4.500 metros de altura vi una patrulla de cinco aparatos enemigos, en la que venían tres de una plaza en vanguardia y los otros de dos, de combate, a retaguardia.

Me alzo sobre ellos, descendiendo verticalmente sobre la patrulla, disparo y mi ráfaga deja al quinto fuera de combate. Rápido, paso al siguiente y con algunos disparos, este sigue la suerte de su compa-



He aquí lo que queda de una lucha de aeroplanos. Un montón de telas y astillas, de entre las cuales apenas pueden extraerse los cuerpos mutilados de los pilotos....

conocía el nombre que pronunciaba. Empecé a enervarme. «¡Pero en fin, estoy en Francia o en Alemania!»

Aquel imbécil no se daba cuenta del gran esfuerzo que acababa yo de hacer ni de la emoción que me embargaba, ¿qué esperaré para informarme? Pausado, después de tragar saliva, lentamente, y de sonarse, me dice: «Está Vd. en Francia perdido.» ¡Perdido le hubiera yo querido ver a él! Pero me sentía tan feliz entonces, que olvidando los minutos de ansiedad que acababa de hacerme sentir, le hubiera abrazado.

Había aterrizado en Chalindrey, en el Alto Saona, siguiendo exactamente el trayecto que me había trazado. Descansé algunos minutos, pues tenía de ello necesidad, más moral que físicamente y volví a partir, yendo a Dijón a tomar esencia, entrando enseguida en Corcieux, donde me creían caído en Alemania. Había volado cinco horas sin escala.

ñero. Continuo mi ataque, preparándome a hacer lo mismo con el tercero, uno de los tres que iban en cabeza. Al darse cuenta de ello, se dispone a tirar y yo hago un *semi-looping*, para pasar por detrás y deslizarme por debajo de él a fin de desfilarme: pero ¡horror! no me acuerdo de que había puesto las municiones en una caja al costado; al dar la vuelta se salen y se esparcen por la nave, metiéndose entre el aparato de mando y lo acuñan, no dándome yo cuenta de la causa en aquel momento. No podía tomar mi línea de vuelo, y el Spad caía casi completamente invertido y en vertical, siendo imposible detenerlo; iba al suelo a toda velocidad desde los cuatro mil metros en que estaba y que había empezado la caída, cada vez más rápida y angustiosa. Felizmente las correas me retenían en mi asiento sin que hubiese sido despedido de la carlinga. Paré el motor y traté saber lo que había sucedido; ¡oh alegríal veo una granada que coincide,

dejo la dirección y voy a desplazar el proyectil; tomo otra vez el mando y restablezco sin trabajo mi aparato a menos de mil metros del suelo.

La emoción fué fortísima, duró tres mil metros a la velocidad de un bólido; pero lo cuento. En cuanto a los alemanes, no habían esperado el final del drama, pues nunca habrían podido suponer lo acaecido en esta caída al abismo.

El veinte de Agosto de 1917 experimenté un terror infinitamente violento pero muy rápido. Estaba cerca de Ipres me acerqué a un adversario (fué mi noveno) tiré, atacándole tan de cerca que explotó su depósito de esencia y una inmensa llamarada se extendió, en cuya estela me encontraba yo y me pregunto siempre como no me quemó mi aparato; pero pensad cual sería la emoción que yo sentí y con que velocidad me aparté de una vecindad tan peligrosa.

Abordajes evitados.

Hacia el fin de la guerra yo quería totalizar en lo posible, sin cuidarme del número de aviones que componían las patrullas adversarias cada vez con más poder ofensivo y compuestas por ases de gran valor. En Octubre de 1918 vi un grupo de tres y me comprometí conmigo mismo a hacer caer a los tres. Ataqué de frente y un poco más bajo sobre Vouziers; había aprovechado el instante en que la distancia entre aquellos aviones era lo bastante grande para permitirme cambiar de tiro, pues es preciso comprender que un ataque de frente mi velocidad unida a la de mi adversario podría hacer que nos abordáramos a una velocidad de 400 kilómetros por hora; se trataba de obrar con gran precisión.

Tiré contra el aparato de vanguardia y a mi primera ráfaga explotó su depósito de esencia; el segundo se amedrentó viró bruscamente y picó sin verme. El desdichado vino a tomar justamente mi dirección; me doy cuenta a tiempo del peligro y para evitarlo hice una acrobacia sin la que yo no habría podido apartarme y el alemán se me hubiera echado encima sin saber donde yo estaba ¡Oh esta emoción tiene puesto de honor en mis recuerdos!

Inútil es decir que yo no pensé más en ganar mi apuesta alegre de encontrarme otra vez en mi aeródromo.

El 2.º séxtuplo.

Tuve la fortuna de realizar mi segundo séxtuplo el 26 de Septiembre de 1918 pero estaba furioso por que sin una mala suerte hubieran sido ocho en vez de seis los que hubiera abatido.

Me había lanzado al ataque de una patrulla de ocho enemigos emprendiéndose un combate de maniobras; se trataba de no dejarme cercar por el

grupo situándome de tal manera que, ninguno se atreviera a tirarme por miedo a matarse entre sí, y librarme del adversario de atrás para atender al de delante. Era en suma bastante complicado el asunto; pero ya estaba acostumbrado.

Abatí dos de mis enemigos y tiré contra un tercero que sintiéndose tocado dió una vuelta sobre el ala en el momento en que *aprovechó* una de mis ráfagas cortándole una parte de sus elementos, que flotó hacia mi igual que un globo sonda, mientras que el resto se enredó y se hizo un lío viniendo a caer en mi dirección también con el alemán, lanzado a una velocidad de más de 200 kilómetros por hora. Viéndome entre dos peligros, pues me iban a estrellar, ya el trozo desprendido ya el avión mismo. ¿Qué hacer? Percibí un estrecho corredor entre ambos, por el que podría salvarme y me lancé poniendo mi aparato de costado sobre el ala para hacerme lo más estrecho posible. Sufrí también cierta emoción. Era mi sexta victoria del día. El encuentro había sido terriblemente duro. Hubiera podido tal vez acabar con el grupo de los ocho, sin el incidente de que en medio del combate acudió otra patrulla de cinco, cuando ya había derribado a tres.

Había, además, derribado al comandante Fritr Rumey, as de cuarenta y cinco victorias. Los cinco aviones cayeron en un radio de un kilómetro alrededor de Sanain; el otro fué vencido en el curso de una patrulla precedente, teniendo la horrible visión de ver al observador durante la caída, ser despedido fuera de la carlinga.

Si no hubiese tenido dos ensayamientos que me desencajaron las bandas, cuando hacía acrobacias, hubiera triunfado de dos adversarios más, los mejores tiradores de mi série. Los cinco no me costaron diez minutos de trabajo.

Por otro lado, mis séxtuplos fueron relativamente fáciles; uno lo obtuve en dos horas y quince minutos entre el primero y el último, empleando exactamente 52 cartuchos para los seis. El segundo fué realizado en una hora. Para cada uno hubo un aterrizaje, a fin de ir a reportarme de esencia.

**

Un día, una comisión se presentó a saludarme y entregarme un ramo de flores cogidas yo no sé donde. Un graduado me leyó el mensaje siguiente:

«Los poilus (peludos) del C. I. D. de la división 166, consideran una dicha poder decir hoy que el teniente Fonk se encuentra otra vez en su seno. Tienen gran satisfacción en poder ofrecerte un ramo de flores, que ciertamente es modestísimo pero que en su sencillez encierra su grandeza por que prueba la amistad paternal que existe entre el peludo de tierra y el peludo del aire.»

PÁGINAS DE ARTE



INTERIOR DE UNA CASA ÁRABE

VULGARIZACIONES CONVENIENTES

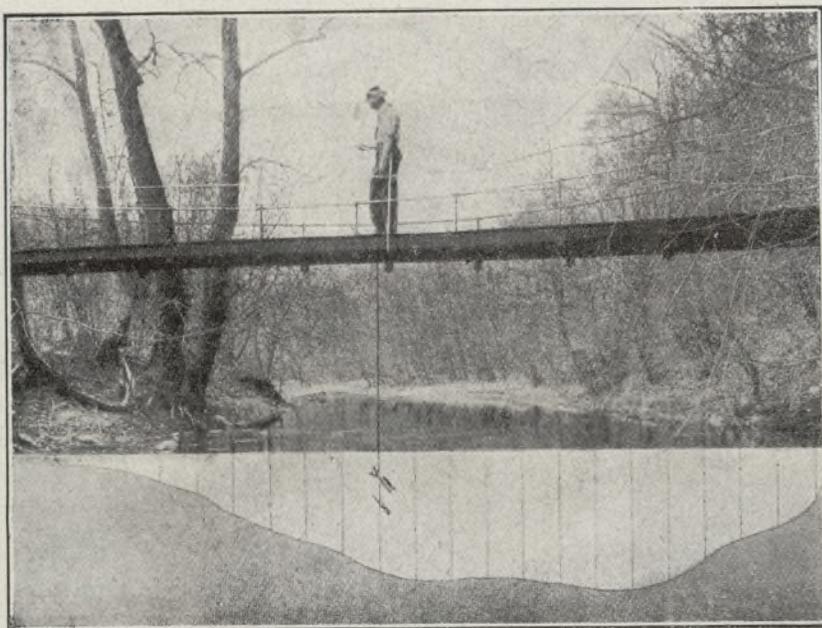
CÓMO SE MIDE EL CAUDAL DE UN RÍO

El procedimiento más cómodo para medir el caudal de las corrientes de agua es determinar la velocidad media en una sección trasversal conocida.

Si se desean simplemente resultados aproximados, basta en la práctica calcular la velocidad, por medio de flotadores, en el centro de la superficie de la corriente. Si se opera respecto de un cauce regular, un canal, por ejemplo, se mide el área del trapecio seccional del agua; pero lo más general

Claro está que la operación es más cómoda y sencilla si puede hacerse desde un puente establecido sobre el curso líquido, tomando desde él las profundidades en puntos separados un metro, medio o lo que convenga.

Deseando la mayor exactitud, se toman los sondeos muy próximos unos a otros, y después la velocidad en el centro de cada uno de estos elementos, con el auxilio de aparatos automáticos hallando después la velocidad media.



El caudal de un río se puede determinar midiendo con una sonda en esta forma. Así se determinará el perfil del lecho y por consiguiente su área multiplicando por la velocidad media del agua se obtendrá la cantidad que pasa en cada segundo.

es que no se cuente con una figura geométrica regular.

Para calcular el área irregular de una sección trasversal de la corriente hay que tender horizontal y perpendicularmente a la misma una cuerda provista de nudos, a igual distancia unos de otros. El operador, desde una barca, mide con una sonda o con cualquier otro instrumento la profundidad verticalmente a cada nudo, y con estos datos puede saber la extensión de la sección de la corriente, que será la suma de los trapecios cuya altura común es la separación de los nudos, y las bases las verticales u ordenadas correspondientes a ellos.

Puede suceder que haya de medirse un riachuelo de poca anchura y escasa profundidad. Entonces será práctico que el técnico entre en él, bien descalzo o bien calzado con botas altas de caucho. Ordinariamente en este caso, se ata un cable a dos troncos de árbol, uno en cada orilla, que sirven de guía al calculador, que tomará también las velocidades.

Los norteamericanos han perfeccionado estos métodos. Suelen disponer fuertemente un cable de acero, del que cuelga una especie de carretilla o cesta, en la cual va el observador, y cómodamente ejecuta sus medidas.

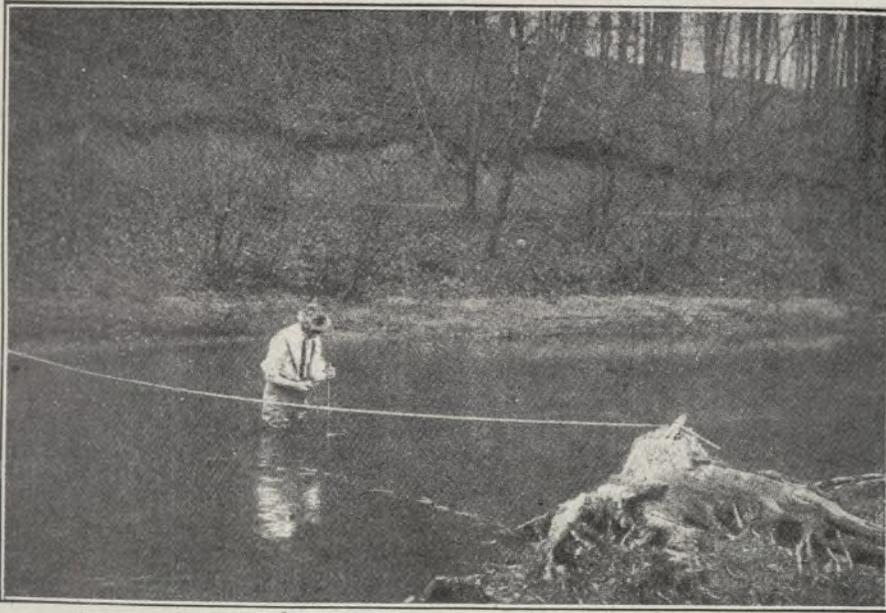
El carricohe, que resbala por el cable mediante poleas, las lleva de avance y de retroceso, pudiendo, el que mide, avanzar o retroceder a su antojo.

Los aparatos para medir la velocidad a diferentes profundidades son numerosos. Entre los más empleados están los *tubos de Pitot*, modificados por Darcy, y los *molinetes*, mejorados también por diversos constructores.

El aparato *Pitot-Darcy* comprende en principio dos tubos verticales fijos sobre una tableta móvil, graduada, que puede girar alrededor de un vástago y orientarse automáticamente. En su parte inferior

Como las lecturas cerca del agua en movimiento se hacen con dificultad, se ha modificado el Pitot-Darcy con dos tubos verticales que en su parte superior comunican con otro tercero más corto, provisto de llave. Se aspira el aire por este tubo, y el líquido sube a los dos verticales, comprobándose el desnivel sencillamente por una rueda graduada que acusa instantáneamente la velocidad, expresada en metros por segundo.

El *molinete de Woltmann* es también de uso corriente hoy. Está formado por un árbol horizontal que se pone en el sentido de la corriente y que tie-



Cuando se trata de un arroyo poco profundo el operador puede meterse en el agua y medirá siguiendo la dirección de una cuerda que establecerá de una a otra orilla.

metálica, estos tubos están servidos por una misma llave o grifo, y sus dos ramas terminales están recubiertas horizontalmente. También se reúnen estos tubos en su parte superior, que es de cristal, y otra llave puede ponerlos en contacto con el aire que los rodea. Para servirse del aparato se empieza abriendo el grifo, y se introduce el instrumento en el agua, de modo que la porción inferior de los tubos esté horizontal y paralela a la dirección de la corriente. Uno de ellos lleva hacia abajo un orificio que se pone normalmente al movimiento del líquido, y el otro tiene lateralmente un orificio pequeño. Para guiar mejor los hilos de líquido, hay un cilindro pequeño, abierto por ambos extremos, junto a dicho orificio. El agua sube en el primer tubo a más altura que en el segundo, y el desnivel indicará la velocidad en el punto de observación.

ne en su extremidad cinco aletas metálicas planas o helicoidales; en medio, un tornillo sin fin que engrana en una rueda dentada, sobre cuyo eje hay un piñón engranado a su vez con otra rueda. Una regla vertical hace subir o bajar el travesaño que gira sobre un pivote. El aparato todo es móvil alrededor de un fuerte pie vertical de hierro.

El aparato se usa fijando este pie derecho metálico en el fondo del río, y colocando el eje de las paletas en el sentido de la corriente, ésta, al golpearlas, le hará girar. Se espera que este movimiento gíatorio sea uniforme, y entonces se hará engranar el tornillo sin fin al piñón, subiendo éste mediante la regla que rige al eje. En las ruedas fijas al eje del piñón podrán contarse las revoluciones, que estarán relacionadas directamente con las que den las paletas; pero como dependen de la velocidad del agua que las impulsa, puede establecerse la siguien-

te ecuación: $V = an + b$. Siendo V la velocidad buscada, n el número de revoluciones buscadas en un segundo y a y b dos coeficientes constantes correspondientes a cada aparato, determinados experimentalmente por el constructor. También está en uso otro aparato o molinete de aletas helicoidales que giran a impulso de la corriente, y que lleva una regla vertical que sirve para mantener el mecanismo con el eje horizontal, mientras un gobernante especial lo tiene en posición paralela a la corriente líquida.

La velocidad se determina así:

A cada 10 revoluciones del molinete, un contacto eléctrico hace sonar un timbre, contándose el número de estas señales en un tiempo dado, para tener la velocidad del molinete, de la cual se deduce la de la corriente, también mediante fórmula previamente estudiada para el aparato.

Para obtenerla, se ensaya el mecanismo a diferentes velocidades en un canal de forma regular, con el agua en reposo o corriente de velocidad conocida.

También se suelen llevar los aparatos a lo largo de la presa o a través de la superficie de líquido que se quiere examinar, montados en un carro que resbala sobre rieles tendidos *ad hoc*. En los puntos determinados se obtiene el sondaje fácil y rápidamente, y las velocidades, por visuales.

Por otra parte, Mr. J. Thomson ha demostrado experimentalmente que para una vertiente en forma de V de 90° , la fórmula que da el caudal de agua que pasa no encierra más que un solo factor constante multiplicado por la raíz cuadrada elevada a la quinta potencia de la altura del nivel observado.

Éste y otros ingenieros han basado en esta ley la construcción de diferentes contadores automáticos.

Se montan éstos en una caseta construída en un ribazo. Como basta conocer el nivel del agua en

cada momento, se consigue mediante un flotador puesto en un depósito artificial, dentro de la caseta, unido a la corriente por un conducto.

Las variaciones que experimenta el flotador quedan registradas en un tambor, merced a un sistema de palancas y engranajes que obedecen a dichas variaciones.

Generalmente, los valores de nivel quedan marcados en un eje vertical, y los de paso de líquido en una especie de diagrama característico que se enrolla a un cilindro metálico que lleva una ranura provisto de un índice móvil paralelamente al eje. Si el tambor gira proporcionalmente al valor del nivel del agua, el índice se aparta o se aproxima a la extremidad del cilindro, en una cantidad igual al gasto de corriente.

Para conseguir el registro automático, se liga el índice a un estilete que termina en una pluma, que traza las desviaciones según un movimiento de relojería. Un piñón y una cremallera acusan las desviaciones proporcionales a la altura de la caída del agua.

Se construyen, además, diversos tipos de graduaciones aplicadas por los técnicos a los casos particulares de medida del caudal de un río, potencia de una caída o la cantidad necesaria para la alimentación de una caldera.

La rotación completa del cilindro corresponde, por ejemplo, al caudal máximo o a la mayor altura de nivel; mientras que el tambor gira bajo la acción del mecanismo de relojería, el estilete traza sobre una hoja de papel cuadrículado, en el registrador, la curva relativa al paso del agua en cada momento. Para deducir la cantidad rendida por la corriente en un tiempo dado, se multiplica éste por el rendimiento medio marcado.

Para hacer los cálculos automáticamente, se ha hecho diversas aplicaciones mecánicas, entre otras las que acusan en cifras los metros cúbicos o litros que pasan en tiempo determinado.

EN SERIO Y EN BROMA

PITORREOS INOFENSIVOS

Los inventos más portentosos que se han realizado en el siglo xx, son: 1.º Los anillos de goma para llevar bien cerrado el varillaje del paraguas. 2.º El bigote a lo Charlot. 3.º Los bailes a paso de camello y 4.º El uniforme único para la oficialidad del ejército español.

Permítame el respetable lector un ligero canto

glorificador a cada uno de estos inventos. Procure ser melódico y breve hasta donde me lo permita mi afición a dárme las de gracioso. Tengo la pretensión de llegar a ser un escritor festivo, es decir, chistófilo, puesto que festivo es el que escribe días de fiesta. Este es un defecto como otro cualquiera. Cada bípedo humano tiene una manía.

conocido a un capitán barbilampiño y, tan reglamentario, que se empeñaba en que le saliese bigote en el ombligo.

Las ordenanzas mandan que nos dejemos el bigote y la perilla —decía— ahora bien; como el artículo no especifica donde, tendré la perilla un poco más baja que los demas, en vista de que no puedo tenerla en lugar corriente.

Reconocemos que esto es una chabacanada, pero es histórica.

A propósito del bigote, creemos de imperiosa necesidad el imponerlo a los oficiales. El bigote es altamente higiénico, tiene diversas aplicaciones, y es un factor de empuje tácticamente considerado.

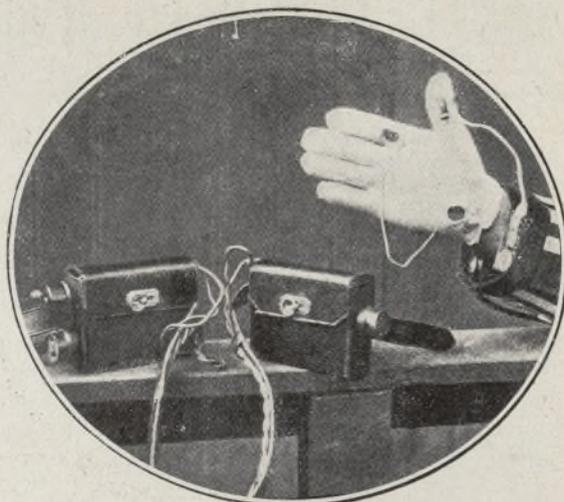
La guerra moderna ha probado, entre otras cosas de menos importancia, que es necesario resucitar en los reglamentos tácticos la voz de «cara feroz al enemigo.» La abundancia de pelos en la cara, dan al hombre cierto aspecto maquiavélico y salvaje, luego, como corolario, debe evitarse que la oficialidad lleve la cara huérfana de aditamentos peludos.

En resolución: los jefes deben imponer a sus subordinados las guías de marras, sin admitir las con sabidas excusas de «No me sale» «Se me ha helado» «Tengo erupciones» etc., etc.

Estas son disculpas que no deben admitirse, y si alguien se permitiese hacer uso de ellas, el jefe debe responder así:



Un señor americano ha inventado un motociclo de una sola rueda como el que se ve en esta figura perfectamente útil para estrellarse.



La policía de la Haya, para dirigir la circulación de la ciudad, usa guantes luminosos como los que en este grabado ofrecemos a los innovadores de nuestra policía.

—Señor oficial: las sabias ordenanzas del Rey Carlos III, escritas hace cinco o seis siglos, si la memoria no me es infiel, mandan clara y taxativamente que los oficiales deben llevar bigote y perilla. Por hoy, permito que se prescindiera de este último apéndice, pero con respecto al bigote no admito excusa. Si se le ha helado, cómprele una estufa, y tenga la seguridad de que si mañana no tiene usted pelos en la cara, providenciaré.

Hay frescales, capaz de contestar en la siguiente forma:

—Mi Teniente Coronel: creí que no todo cuanto esta escrito en las ordenanzas se halla en vigor. Pero, en vista de sus órdenes, no solo trataré de que me salga pelo donde usía mande, sino que al pasar hoy la revista obligaré a los soldados a que pongan en el fusil *pedra y zapatilla para limpiar el oído* y al propio tiempo me fijaré si llevan *las medias tiradas, el corbatín bien puesto, su casaca, chupa y calzón*, todo con arreglo a las órdenes del Rey Carlos III.

A tan irrespetuoso discurso, ineludiblemente debe responder el Jefe:

—¡Pase usted a banderas!... ¡He dicho cartuchera al cañón, y basta!

Esto de cartuchera al cañón, ya no admite réplica. Es una frase digna de esculpirse en mármol; tangente salvadora para quienes carecen de punto firme en que apoyar sus órdenes; perogrullada militar, sostén de la disciplina. Aquel oficial obtuso que la pronunció, nunca pudo imaginarse el servicio que hacía a las generaciones venideras proporcionando a quienes mandan una salida a los laberintos en que frecuentemente se internan.

SINESIO DARNELL



El Sultán y el ejército de Turquía



Turquía, con su cambio de Sultán, constituye hoy la actualidad internacional. He aquí una admirable crónica en la que Blasco Ibañez nos presenta pintadas de mano maestra lo que son el Sultán y el ejército de los turcos :::::

Desde el kiosco destinado al cuerpo diplomático contemplo el más asombroso de los panoramas que ofrece Constantinopla.

En el horizonte, el mar de Mármara une su azul intenso con el azul del cielo, blanqueado por el sol, y extiende la corriente del Bósforo entre la ribera asiática, cubierta de bosques y palacios, y la ribera europea, que desaparece como abrumada bajo el caserío de Constantinopla. El oleaje de tejados rojos y negruzcos se pierde de vista, siguiendo las ondulaciones de las colinas y los ángulos entrantes y salientes de la costa.

Los agudos minaretes, con balconcillos circulares, semejan los mástiles con cofas de blancos navíos encallados e invisibles en la inmensa masa de la ciudad. En la azul extensión del mar, se destacan, cual dormidos insectos, los buques de guerra, negros e inmóviles, con manchas de vivos colores temblando junto a sus colas. Son banderas de las grandes potencias que ondean en la popa de los buques «estacionarios», o el pabellón otomano, rojo, con media luna y estrellas blancas, que se exhibe en las vergas de varios yates imperiales que el Sultán no ha visto nunca, o de modernos navíos que envejecen sin levar sus anclas.

De la ventana del kiosco diplomático se domina el mar, las colinas y la ciudad. Desde las hondas orillas del Bósforo remóntanse, formando distintas mesetas, las barriadas y los jardines, hasta las alturas en que se halla situado el Palacio de la Estrella. Un ancho camino pasa por debajo de la ventana: es el que conduce desde la puerta del palacio a la

mezquita Hamidié: un trayecto de unos cuatrocientos metros en suave pendiente. En este espacio, que ocupa toda la cumbre de la colina de Orta-Keni, se verifica todos los viernes la ceremonia del Sélamlik.

Van llegando las tropas. No existe ejército de exterior más imponente que el turco. Contra todas las presunciones que pueden inspirar la afición de los orientales a lo vistoso y abigarrado, las tropas turcas ofrecen un aspecto sombrío y grave. Sus uniformes oscuros sólo están animados por los vivos

toques del rojo de las bocamangas y del fez. Visto desde lo alto, este ejército no ofrece ninguna distinción de categorías. El mismo gorro llevan los generales, y aun el mismo Sultán, que el último soldado. El fez, cobertera uniforme de todos los otomanos, unifica las filitelas. No hay aquí la diversidad de penachos, galones y cascos de



El Sultán depuesto, al salir de su pabellón para concurrir a la plegaria del Sélamlik.

los ejércitos occidentales, que clasifica a los guerreros según el aspecto de las cabezas. Hay que mirar de cerca a los militares turcos para reconocer en los dorados de sus hombreras las diferencias de categorías.

Desfilan al son de estrepitosas bandas de bárbara marcialidad los regimientos de línea, vestidos de obscuro azul, llevando al frente a sus jefes, montados en pequeños caballos turcos, que aún parecen más diminutos bajo la obesidad de sus jinetes. Los batallones árabes se distinguen, en esta aglomeración de cabezas rojas, por sus turbantes verdes, color religioso exaltado por el Profeta. Los albaneses, vestidos de blanco, a la zuava, forman en la puerta del palacio como tropa de preferencia, encargados



El Sultán en el Sélamlık.

Al detenerse y extender sus filas a lo largo del camino, descansan sus fusiles en tierra con un golpe seco y uniforme, y quedan inmóviles, con una inmovilidad que parece de ensueño.

Nadie diría que al pie de la ventana hay formados algunos miles de hombres. Ni un susurro, ni una palabra, ni una tos. Hasta los caballos permanecen inmóviles, sin el más ligero relincho. Parece una inmensa exhibición de figuras de cera. La brisa mueve las borlas de los gorros, el oro de las charreteras, las gualdrapas, de los caballos; pero esto es todo lo que se agita y parece tener vida en la enorme aglomeración de hombres. Los cuerpos no se mueven; los ojos, vagos y como de vidrio, miran sin ver; las bocas, cerradas, no parecen respirar.

Un silencio absurdo lo envuelve todo; un silencio de pesadilla, un silencio más profundo que el de la noche, reproduciéndose bajo la luz del sol.

En el kiosco, los embajadores y las grandes damas del cuerpo diplomático hablan con entera libertad; pero, sin embargo, sus voces suenan con cierta sordina, como cohibidas instintivamente por el silencio exterior. Campo sagrado, con su hidalga cortesía española, cumplimenta a las señoras; Constans, el famoso embajador de la República francesa, habla en correcto español, recordando sus años juveniles de Madrid: todo un mundo de oficiales extranjeros, puestos de gran uniforme, agregados diplomáticos, secretarios, dragomanes y elegantes damas, rodea a los embajadores europeos, que son en Constantinopla algo así como semidioses, con más poder que el mismo Sultán, pues muchas veces amargan sus días con enérgicas reclamaciones y turban su sueño.

Las palabras, las risas y los cuchicheos caen de las ventanas como involuntarias irreverencias sobre la muchedumbre guerrera, silenciosa e inmóvil. Ni una mirada se eleva; ni un rostro se contrae. No ven, no oyen; están como muertos bajo la doble mortaja de la disciplina militar y el fervor religioso. Esperan al *Padichá*, nombre que dan los turcos a su emperador. El título de Sultán sólo lo emplean los árabes.

La conversación y la risa de los europeos tampoco conmueven a los ayudantes de campo del emperador, cubiertos de oro, y a los empleados palatinos, de negra *stambulina*, que permanecen erguidos e inmóviles en las puertas y ventanas de los salones del kiosco. Imposible moverse sin tropezar con ellos. Levantáis un cortinaje, y vuestra mano tropieza con el pecho de un coronel, inmóvil como un adorno del salón, y que no cambia de lugar ni os mira. Vais a una ventana, e inmediatamente percibís la sensación de que alguien está detrás: un se-

de la guardia del Sultán. Llegan los marinos de la escuadra, con sus oficiales a caballo: unos marinos de altas botas, que llevan al cinto por toda arma el ancho sable de abordaje. Al pie de la colina de Orta-Keni ondean las rojas banderolas de los lanceros. Los regimientos de caballería tienen bandas de música, y se ve a los trombones, enroscados al cuerpo de los jinetes, como enormes serpientes de metal, saltar bruscamente a impulsos de los botes de los caballos, ocultos tras un pliegue del terreno. El aspecto imponente de estas tropas se debe a la edad de los soldados. El ejército turco es un ejército «duro». No se ven en sus filas muchachos barbampinos y a medio formar, como en los ejércitos de Europa. El soldado turco es hombre de veinticinco a treinta años, fuerte, macizo, bigotudo, en todo el esplendor de su desarrollo. Unase a esto la fe ciega del mahometano, ese fervor religioso que inspira respeto por su ingenuidad aun a los más escépticos, y se comprenderá lo que es una masa de siete u ocho mil soldados otomanos. Después de verlos, nada puede asombrar de cuanto se diga sobre su resistencia ante el enemigo y su fiera conformidad ante la muerte. Se lo imagina uno mal dirigido en los campos de batalla y dejándose matar sin retroceder un paso. Pero volviendo la espalda no hay quien se lo figure.

ñor de levita y gorro, con un rosario de ámbar en las manos, que jamás fija sus ojos en los vuestros, como si ignorase vuestra presencia.

El Sultán recibe a sus huéspedes con la mayor cortesía, enviándoles orientales saludos de amistad. Estáis como en vuestra casa; los esclavos negros ofrecen cigarrillos; bajo tapices de seda con flores doradas llegan las humeantes tacitas de café y los vasos de oro llenos de confitura de rosas; pero no podéis dar un paso sin que unos ojos os sigan; no podéis sentaros sin que alguien se siente cerca de vosotros; no podéis hablar sin que un señor de uniforme o de levita venga a situarse a pocos pasos, volviéndoos la espalda, para mayor disimulo. Al asomarnos a una ventana, debéis arrojar antes el cigarro. Nadie puede llevar nada en las manos. Las señoras deben abandonar sus sombrillas, aunque las tueste el sol. Una maquinilla fotográfica es un crimen que se paga con la expulsión. El alto espionaje, que consume con enormes sueldos una gran parte de la renta pública, vela por la existencia del *Padichá* con una meticulosidad ridícula.

Un crujido de arena bajo la marcha acompasada de muchos pies turba el profundo silencio exterior.

Me asomo a la ventana. Dos filas de pachás descienden la cuesta, camino de la mezquita, con el sable en una mano enguantada de blanco y moviendo la otra al andar, con una regularidad de simples soldados. Son los generales que tienen empleo palatino o están en los ministerios. Salen del palacio y van a la mezquita, agrupándose en la puerta de ésta para recibir al señor. Sobre sus levitas de oscuro azul, adornadas con grandes charreteras de oro, brillan condecoraciones de un esplendor fantástico: estrellas de brillantes, soles de rubíes y esmeraldas, todas las insignias que puede regalar un monarca oriental de fabulosa generosidad.

Estos pachás son la flor del Imperio. Los hay viejos, tostados y secos, con grandes barbas blancas y gafas de oro, antiguos generales que pelearon con los rusos en las orillas del Danubio y resistieron en Plewna con la tenacidad inmovible del musulmán. Otros, jóvenes, morenos y obesos, son altos oficiales por la voluntad del Gran Señor: generales por nacimiento, que nunca han mandado tropas; almirantes hereditarios, que jamás pisaron el puente de un acorazado.

El silencio se agranda. En las muchedumbres occidentales, la emoción se manifiesta con empujones de impaciencia y sordos rugidos. Los turcos, al llegar el momento esperado, lo anuncian con una inmovilidad mayor, con un silencio absoluto, absolutísimo; con la ausencia de todo signo de vida.

En el balconcillo del minarete de la mezquita

Hamidié aparece un hermoso imam, de barba negra y turbante blanco. Visto de lejos, parece un muñequillo asomado a un balcón de encajes. Extiende, como alas de murciélago, las grandes mangas negras de su sotana, y un tanto plañidero y dulce, semejante a una *saeta* andaluza, rasga el denso silencio, descendiendo hasta nosotros como si viniera del cielo.

Empiezan a bajar carrozas por la enarenada cuesta, camino de la mezquita. Son las sultanas y odaliscas del harén imperial; unas cuantas nada más, pues de ir todas en el cortejo, duraría éste horas enteras.

Los eunucos negros, con las manos cruzadas sobre el vientre, marchan formando un círculo en torno de cada coche. En unos van las hermanas e hijas del *Padichá*; en otros, sus tías; en los que rompen la marcha, las odaliscas preferidas. Entre los generales y almirantes que, sable en mano, forman un grupo ante el kiosco, hay hijos y hermanos del emperador. Lo mismo pueden llegar un día al trono, que morir desterrados en una provincia de Asia, o amanecer con las venas cortadas y unas tijeras junto a la cama, para que todos crean un suicidio.

Al través de los vidrios de las carrozas se ven blancos velos, ojos pintados de negro, joyas enormes, mantos bordados de oro con una suntuosidad



El soldado turco es un hombre fuerte, macizo, diferente al soldado barbilampiño que se ve en los ejércitos de Europa.

oriental... y vestidos parisienses, chillones y de mal gusto, de esos que los costureros de París guardan, según ellos dicen, para las damas turcas y las millonarias de América.

Un rugido feroz corre al frente de las filas. Los soldados presentan las armas. Un *landeau* sencillo, tirado por seis caballos de una belleza inexplicable como sólo puede poseerlos el soberano de la Arabia, avanza lentamente. Delante de él y a los lados marchan, en revuelta confusión, guardias albaneses con el fusil al hombro y la bayoneta calada; pachás que se codean y pisotean con los simples soldados; palafraneros de dalmática bordada, gruesa como coraza de oro; simples dignatarios de palacio vestidos de negro; jefes árabes, de nítido albornoz, venidos del Yemen para saludar al descendiente del Profeta. Los grupos de generales y almirantes situados al paso se unen a este grupo que corre en torno del carruaje, oprimiéndose contra sus ruedas y agrandándose por momentos.

Solo en el *landeau*, con la capota caída, se muestra el emperador, el hombre omnipotente, el *Padichá*, el Sultán, el Comendador de los Creyentes, rey y pontífice a un mismo tiempo de muchos millones de hombres.

Al pasar ante el kiosco diplomático, levanta los ojos hacia las ventanas y saluda levemente con gravedad musulmana. Es un hermoso tipo masculino, una figura de guerrero y de creyente. Sin duda va pintado como las mujeres de su harén. A juzgar por los años que ocupa el trono y su anterior juventud, debe estar en los setenta, y sin embargo, la lengua barba es de un negro intenso y el rostro tiene un aspecto de juventud. Este hombre, que es señor de una parte considerable de Asia y de una de las primeras capitales de Europa, que posee tesoros como los de *Las mil y una noches*, que es rey de Bassora, la de las perlas, y de Bagdad, la de las fantásticas riquezas, se muestra simplemente vestido de negro, sin un adorno, sin una alhaja, con algo de clerical y severo en su indumentaria.

Lo que se admira al momento en él es la tranquilidad, la resignación valerosa del musulmán. Este hombre no tiene miedo ni puede tenerlo, a pesar de cuanto han dicho los periodistas franceses. Es un fatalista. Si está escrito que le maten le matarán de todas maneras, por ser así la voluntad de Alá. Y apesar de que en el Sélamlik intentaron asesinarle, valiéndose de un vehículo cargado de dinamita, va a él todos los viernes, y pasa bajo las ventanas del kiosco diplomático, desde las cuales se le puede alcanzar fácilmente, y se exhibe más allá, ante una

muchedumbre que aguarda bajo el sol, contenida por las filas de la tropa.

Las bandas de música hacen sonar el himno imperial, una especie de mazurca alegre; los gritos del iman llegan de lo alto durante las breves pausas del himno; los soldados lanzan por tres veces una aclamación feroz, un grito de guerra que es una viva.

El Sultán penetra en la mezquita. Fuera, en el gran patio, aguardan las damas del harén, dentro de sus carrozas, con los caballos desenganchados, por una precaución tradicional. Todas las tropas vuelven el frente a la mezquita, para no estar, ni aún a gran distancia, de espaldas al emperador.

Cuando media hora después, terminada la plegaria del Sélamlik, vuelve el Sultán al palacio, el regreso parece menos ceremonioso y más entusiasta. El Comendador de los Creyentes, dejando partir las carrozas de las mujeres, los caballos de respeto que llevan de la brida los dorados palafraneros, toda la pompa de su corte, avanza en un ligero cochecillo de dos ruedas, tirado por un tronco de hermosas bestias que él mismo guía, acariciándolas con el látigo. Su hijo favorito, vestido de almirante, se sienta al lado de él.

El tumulto de generales, dignatarios y simples soldados de la guardia se hace mayor en torno del ligero cochecillo. Corren jadeantes los pachás y los oficiales, pisoteándose y aclamando al emperador. Suenan otra vez las músicas; pero apenas se oyen, sofocadas por el griterío de muchos miles de hombres.

Los soldados, silenciosos antes como estatuas, rugen al presentar las armas y ver de cerca a su emperador: «¡Larga vida al *Padichá!*»

No son los fríos vivas de ordenanza de otros países. Las aclamaciones del turco vienen de adentro, de lo más hondo.

En este país es inútil soñar con reformas y revoluciones.

Turquía podrá desaparecer; pero cambiar... ¡nunca! Sólo puede ser como es, y así vivirá o morirá.

El buen musulmán jamás discute a su soberano. El *Padichá* es algo más que un rey de la tierra: es representante de los poderes del cielo. Cuanto él hace, bueno o malo, lo hace Dios, y el turco es el más religioso y resignado de los hombres.

Aun en sus mayores desgracias, al verse en la miseria o ante el cadáver de un ser amado, nunca tiene una lágrima ni una palabra de protesta. Le basta para consolarse suspirar melancólicamente: «¡Alá lo ha querido!»



PAGINAS DEPORTISTAS

CÓMO SE SALTA A CABALLO

En los concursos hípicos pueden presenciarse con frecuencia caídas espantosas. De estas caídas, la mayor parte de las veces tiene la culpa el jinete.

Efectivamente.

Cuando un caballo salta, sus movimientos no son, como pudiera creerse, caprichosos, ni dictados por el instinto del cuadrúpedo o consecuencia de su sumisión. El salto es un verdadero trabajo mecánico, y en él, los miembros del caballo no son sino palancas que funcionan metódica y reglamentada. Este hecho, demostrado en estos últimos años, especialmente por la cronofotografía y la fotografía instantánea, es, sin embargo, ignorado por muchos que se precian de excelentes jinetes, y así, no es raro ver en los concursos hípicos manifiestos errores que a veces se traducen en caídas.

Un error muy frecuente, por ejemplo, está en el manejo de las riendas. Hay en equitación un principio según el cual, el caballo, para saltar, necesita alargar el cuello, y por tanto hay que soltarle mucha rienda. Exagerando la aplicación de esta ley, ciertos jinetes entreabren los dedos, dejan flotar casi libremente las riendas y desequilibran al caballo, que pierde así su punto de apoyo. Bien está dar al caballo lo que necesita, pero no más; su boca no debe perder jamás el contacto con la mano del jinete.

El error opuesto no es menos frecuente. Muchos reúnen bien las cuatro riendas, las acortan desmesuradamente y tiran hacia arriba con toda su fuerza, para levantar,—dicen,— al caballo, ayudándole a saltar. Nada más absurdo que esta explicación de una torpeza que, casi siempre, o res-

ta empuje al caballo o hace salir al jinete de la silla. ¿Sabe alguno de esos caballistas la fuerza que se necesitaría para *levantar a un caballo* por la boca? Diez héroes de circo juntos no lo conseguirían. La fuerza de la boca del caballo se eleva a algunos cientos de kilogramos, y no se ven así como así. Por regla general, cuando, al terminar un caballo el salto, se ve al jinete salir por las orejas, puede asegurarse que éste llevaba las riendas demasiado cortas; su cabalgadura, al alargar el cuello, le ha sacado de la silla.

La posición del jinete es también de gran importancia. Los hay que, bajo pretexto de ayudar al caballo, se tienden materialmente sobre el cuello del animal, levantándose sobre los estribos y, como es natural, perdiendo el contacto con la silla. Semejante práctica es tan incorrecta como inútil. El jinete no debe jamás perder su asiento, y en vez de apoyarse excesivamente en los estribos, debe agarrarse con las rodillas. Con esto, y con dejar flexibilidad a las riendas, sin soltarlas con exceso, el busto adoptará una inclinación natural que dará el movimiento de báscula del caballo.

Es preciso, en fin, cuidar de que éste verifique el salto correctamente. Un caballo puede saltar de dos maneras. Al levantarse en el aire, arranca con el pie sobre el cual galopa, es decir, que este pie es el que pasa primero. Supongamos que el caballo galopa a la derecha; los miembros se sucederán en este orden: anterior derecho, anterior izquierdo, posterior derecho, posterior izquierdo. Este es el primer tiempo del salto. El animal queda un instante en el aire, que es el segundo tiempo, y e-

seguida viene el tercero, o sea la bajada. Entonces, el pie anterior derecho toca el suelo el primero, en seguida el izquierdo, que va a ponerse un poco más delante, y luego el posterior derecho y el posterior izquierdo. En este momento, el anterior derecho ha dado ya un paso y toca por segunda vez el suelo en el instante en que lo hace también el posterior izquierdo, formando así la base diagonal que hace que el caballo reanude el galope *a la izquierda*, es decir, sobre el pie opuesto a aquel sobre el cual galopaba al abordar el obstáculo. Pero esto no sucede siempre; algunas veces, las menos, el caballo, al tocar al suelo, pone las patas en este orden: anterior izquierda, anterior derecha un poco delante, posterior izquierda y posterior derecha, y al reanudar el galope, lo hace sobre el mismo pie que antes de saltar.

Esto, que a primera vista parece de poca importancia, la tiene muy grande. Cuando el caballo después de saltar, arranca galopando del lado contrario al que antes galopaba, en el momento del arranque su base de sustentación es muy pequeña, el equilibrio muy difícil, y por consiguiente, hay muchas probalidades de que ruede por el suelo. En cambio, cuando reanuda el galope sobre el mismo lado a que antes galopa, la base de sustentación resulta muy grande en el momento del arranque, y la caída es imposible. Ahora bien, todo depende de que el caballo, en el momento en que está en el aire, cambie el orden en que llevaba las patas al elevarse, y cualquiera que entienda un poco de equitación sabe que este orden puede el jinete alterarlo a su gusto mediante la diestra aplicación de las ayudas.

V A R I E D A D E S

Los que padecen de insomnios pueden remediarlo siempre de una manera fácil y práctica, que eleva sobre todo no ofrece peligro alguno y que les permite descansar. Véase uno indieado por el *Herald of Health*:

Se coloca sobre la nuca, al

acostarse, un pañuelo de hilo doblado en cuatro partes, suficientemente empapado en agua fría, envuelto en un trado espeso y seco para proteger la almohada. Se obtiene así un sueño perfecto.

Se puede retirar al cabo de

algunos días, teniendo cuidado de volverlo a colocar en caso de insomnio.

En los primeros días téngase cuidado de renovar el agua durante la noche si el sueño está algo rebelde.

* * *

La moda en el transcurso de los años



1907

1910

1913

1920

1923

En el solar de la Infantería

A la 28.ª promoción
de Infantería, en su
brillante conclusión
de carrera y ascen-
so al empleo de
Oficial.



Una vez más, la poderosa
visión solemne,
de un cortejo ilustre,
llenó el ambiente azul; huella
[penosa,
marcó su paso, por las pruebas
duras de marciales normas;
por los cauces rudos
que templan las almas;
por los sabios lazos,
que las ordenanzas
como eternas cántigas,
perfuman y esmaltan,
nuestras enseñanzas.

Y llegó el instante,
del anhelo noble;
del dorado ensueño;
del logrado empeño;
del triunfo más bello
por los ideales,
y el más bello, premio,
de tantos afanes.

En la hora postrera,
de un fin de jornada
vibra más potente

su sonoro timbre;
suena más gallarda,
cada campanada.

Cuando en la alborada,
sus postreros sonos,
rompiendo el silencio,
rasgan el misterio,
que envuelve el confin,
menos imperioso
su lenguaje recio,
se oyen más distantes,
sus acentos suaves;
llega,
compasiva,
la voz del clarín.

Hoy, son recias voces
entonando a coro,

cuyos uniformes
con estrellas de oro,
lucen caballeros
de la estirpe rancia;
de la raza hidalga;
los nuevos heraldos,
que un mismo crisol,
fundió en sus amores
la misma ilusión;
y besa en sus frentes,
el aire español;
!brisas de la patria;
cánticos de amor!

Quiero timbres claros,
sobre vuestros pechos;
el mayor relieve
de vuestro uniforme;
las luces más bellas,
sobre esas estrellas:

Quiero que otra estrella
primorosa y magna,
nuncio de la suerte, majestuosa
y blanca, llene vuestra marcha,
de intenso fulgor;
os trace senderos,
de brillantes triunfos;
y aislando con flores,
posibles dolores,
lleve a nuestros pasos,
gloria y esplendor.

Y, si en los vaivenes
de esa vida; inquieta
se oyera, la pasión injusta,
que siembra desdenes,
y os niega virtudes;
y si el torbellino
de acerbas censuras,
culminara en tristes,
penosas zozobras,
elevad serena, sobre tanta
crítica, la mágica antorcha,
que alumbre a la patria;
y mantenga el brillo,
que os entrega intacto;

brillo tan sagrado;
cuanto fué heredado;
cuanto os fué inculcado,
bajo el manto austero,
que la Infantería,
guarda en su Academia;
alcázar del saber; plácido archi-
del valor, de la ciencia, [vo,
y la leyenda.

Y si un ignorado, futuro
remoto, de otra hora postrera,
fija un nuevo rumbo,
y si paso a paso,
la labor del tiempo,
fundiera implacable,
algo del adorno,
parte del tesoro,
que conserva el noble
caudal de recuerdos,
fervientes, queridos;
de los camaradas; tantos,
como amigos;
si brotase un día,
del momento
incierto,
la nota sombría;
yo os señalo al punto,
de esta hora imborrable,
de esta hora gozosa,
toda su pujanza;
toda su alegría;
todo lo vibrante
de esta hora postrera,
del fin de jornada;
cuando es más potente
su sonoro timbre,
y oyen más lejana,
cada campanada.

ABELARDO ARCE MAYORA



AYER Y HOY

EL PROBLEMA DE MARRUECOS



AYER En este interesante grupo se ven [los directores de la campaña, de la que se dedujo el derrumbamiento de la Comandancia general de Melilla. Aparecen con el Ministro del [jalifa, el vizconde de Eza, entonces Ministro de la Guerra; el general Berenguer, como Alto Comisario, y el [general Silvestre, Comandante general de Melilla. ¿Fué de ellos la culpa de la catástrofe? La opinión sostiene el que los [Tribunales deben decidir cuál ha sido la participación de cada uno en el tremendo fracaso.



HOY La implantación del protectorado civil parece ser un hecho. Se han entregado poderes a los indígenas y las cabilas se reúnen y agrupan bajo la dirección y mando de sus jefes naturales. ¿Ha sido un acierto? ¿Fué demasiado rápido el cambio? El problema se ha planteado de tal manera que, según declaración del Gobierno, ya no cabe opción, y hay que dejar al tiempo el cuidado de resolverlo.



Domingo Silrú.

Tras heroica defensa capitula en Arcos (Navarra), una compañía del regimiento de Extremadura; con el Capitán, rindióse a los carlistas su hijo Domingo, Cadete de dicho Cuerpo. Corría el año 1836.

Llevados a Alventosa son sentenciados a pena de muerte; el 20 de octubre contempla Silrú el fusilamiento de 22 soldados; cuando la orden de morir llega a su hijo, el Capitán se estremece; piensa el padre en el hijo adorado y presentándolo al Jefe contrario le dice:

No me aterra el suplicio a que me habéis conde-

nado. Si me sobra valor para recibir la muerte, me falta para pensar que ha de seguir la suerte de su padre esta desgraciada criatura, que nada puede discernir de la causa que ama, sino el parecerle buena porque la defiende su padre, en la cual más veo ejemplo de sumisión que de convencimiento. ¿Quién sabe si mañana el despejo de la razón le dará consejo opuesto para decir que su padre era un insensato?

Las súplicas del padre no convencen al jefe carlista quien ordena el fusilamiento, primero del Cadete y luego del Capitán; el padre besa ardorosamente al hijo; las lágrimas de aquél corren abundantes por sus mejillas; y contemplándolas, dice de este modo la heroica niñez:

¡No lloréis, padre mio! Moriremos por Reina!!!

El Cadete cae a tierra; y sobre su cadáver crúzase luego el de su bravo padre.

Juan Vázquez Afán de Ribera.

Del batallón Voluntarios del Estado. Con su compañía defiende brillantemente el Parque de Monteleón, de Madrid, durante la guerra de la Independencia haciéndose notar por su entusiasta valor.

El plomo enemigo rasga sus carnes; el niño patriota cae sobre los cuerpos de sus camaradas, sin que el dolor demuestre su rostro, sin que el sufrimiento altere la dulzura de sus alentadoras palabras; próximo a morir, dice así después de sus plegarias.

¡Señor! Bendecidme en mi sacrificio por Patria.

La lápida recordatoria de su heroico sacrificio se halla sobre el centro del muro de Poniente del patio del Alcázar de Segovia, es debida a Marinas.

El cuerpo del cadete granadino cae, la crispación de la muerte violenta, sobre el brazo izquierdo de hermosa matrona que aparece arrodillada y desgajando con la mano derecha una rama de laurel para coronar la frente del núbil patriota; primorosa composición de bronce tallada por fondo un tablero de mármol blanco.

HIPÓLITO LÁZARO



Famoso tenor español, considerado por la crítica universal como el mejor tenor del mundo, sucesor legítimo de Gayarre y Caruso. Debutó el 6 de Enero con la ópera «Aida» en nuestro regio coliseo y su triunfo fué el más rotundo y clamoroso.

en el que se lee: *A los que mueren por su Patria los recoge la Inmortalidad.*

A la izquierda, en bajorrelieve, aparece medio esfumada la briosa escena del Parque de Montealeón, de Madrid; al pie se lee la siguiente de dicatoria:

Para ejemplo y orgullo de sus futuros Oficiales, el Arma de Infantería perpetúa en este bronce la gloriosa conducta del Caballero Cadete Don Juan Vázquez Afán de Ribera, muerto a los 12 años de edad en la defensa del Parque de Montealeón, el día 2 de mayo de 1808.

DE ACTUALIDAD

LA INDEPENDENCIA DE IRLANDA

En los mismos días en que Francia, invade con sus tropas el Ruhr ejerciendo derecho de conquis-

militarmente por este solo hecho, la fisonomía del problema irlandés.

Nuestras fotografías presentan el momento solemne en que el último centinela británico, es relevado por un centinela irlandés y la entusiasta despedida hecha por el pueblo irlandés a los soldados



Sellos puestos en circulación por el Estado libre de Irlanda al iniciar su vida independiente.



El relevo del último centinela inglés por las tropas del Estado libre de Irlanda.

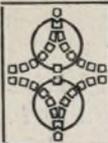


Despedida entusiasta hecha por el pueblo irlandés al último barco de soldados ingleses que abandona el territorio.

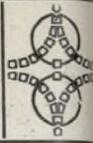
ta en las humilladas poblaciones alemanas, y encendiendo hogueras de odio inextinguible en el corazón germano, Inglaterra se muestra hábil diplomática retirando sus tropas de Irlanda, cambiando

que embarcan para volver a los cuarteles ingleses.

En la parte superior presentamos los nuevos sellos que el Estado libre de Irlanda ha puesto en circulación al iniciar su vida independiente.



Tradiciones sevillanas del Rey D. Pedro



Cabeza del Rey.

Solía el rey salir de su palacio muchas noches solo a sus aventuras de mozo y galán que era; y en una se encontró en la calle cierto hombre que le impedía el paso, lo cual fué ocasión para trabar combate, quedando muerto el otro; el rey abandonó la calle confiado en que nadie le había visto, pues era a deshora y la noche oscura; el cadáver apareció a la mañana siguiente tendido en el suelo. La justicia empezó sus averiguaciones para descubrir los delincuentes, y ninguno de los vecinos declaraban, pues nada habían visto ni oído; pero una vieja, dijo: que el matador había sido el rey, pues que estando desvelada y ocupada en su labor, al ruido de las espadas y broqueles, abrió el postigo de la ventana sacando su candilejo; que entonces vió retirarse pausadamente a un hombre al cual le crujían las canillas, que por esto, y por su aire conoció ser el rey Don Pedro. Sabedor el monarca de la declaración de la laboriosa vieja, confesó ser él mismo el matador de aquel hombre; y porque no quedase sin castigo este hecho, aunque fuese en su persona, mandó que se colocase su cabeza en el lugar donde apareció el cadáver; y desde entonces hay figura en este sitio de la cabeza del rey D. Pedro, la cual ha sufrido variaciones en varias épocas, denominándose dicha calle con aquel nombre; y la de la vieja que está inmediata con el del *Candilejo*.

Sentencia del hijo del zapatero.

Un canónigo de la iglesia catedral, recuestaba de amores a una hija, o a la mujer de un honrado zapatero, logrando al cabo sus impuros deseos; por causa de este trato deshonesto parece que un día tuvieron altercado el clérigo y el marido, del cual resultó que éste quedase asesinado. Aquél fué preso por el tribunal eclesiástico, y la causa se sentenció, condenándole a que en un año no dijese misa, suspendiéndole de la asistencia al coro. A poco de cumplida la sentencia, pues había pasado un año, llegó el domingo de Ramos, otros dicen que el Corpus; y el canónigo iba en la procesión que se celebra este día; viéndolo el hijo del zapatero, no pudo contener el primer impulso cuando vió al agresor alevoso de su padre, echó mano a un puñal con el cual acometió al canónigo, que quedó muerto al golpe del acero. Al momento fué preso el joven, y llevado al rey que se informó de la razón que le había movido a hacer aquel atentado horrible y sa-

crilego; el acusado se defendió. El rey al punto preguntó, que sentencia había dado el arzobispo al canónigo por pena de su homicidio; se la refirieron. Y en el acto sentenció D. Pedro al reo, que, como su padre, era zapatero, a que no trabajase zapato en un año.

Doña María Coronel.

Esta célebre y hermosísima señora estaba casada con D. Juan de la Cerda, que fué mandado matar por orden de D. Pedro; prescindiendo ahora de este hecho pasemos a la viuda, que siendo solicitada con la impetuosidad y la constancia que refiere de aquel rey, se acogió al convento de religiosas de Sta. Clara; pues no se veía segura en las casas que tenía de sus padres en la parroquia de *Omnium Sanctorum*. El rey la persiguió hasta en la clausura donde penetró, valido de frívolos pretextos, disfrizado entre sus criados; hecho a la verdad escandaloso. Viendo doña María que no había más remedio que presentarse a la vista de su perseguidor, corre a la cocina del convento, encuentra aceite viendo que se vierte ella misma en el rostro y las manos; cubierto su sonrosado cutis de la infamación horrorosa y viva que le produjo al momento el aceite, se presenta al rey. Este admirado y al mismo tiempo avergonzado de la situación que le había colocado el valor de una mujer, le ordenó que pidiese cuanto le pluguiera. Ella pidió las casas de la collación de San Pedro, que habían sido de su marido, las que fueron derribadas y sembradas de sal cuando se le declaró reo de Lesa Majestad siendo su objeto el fundar un convento de religiosas con la advocación de Santa Inés. D. Pedro le concedió cuanto pedía; pero no las rentas, que después las devolvió su hermano D. Enrique. Entre las rentas de las casas de la Cerda solo hallaron en la capilla, que por ser sitio sagrado no vino a tierra; hoy sirve de sala de capítulo y de entierro. La fundadora fué abadesa y murió de edad avanzada, siendo sepultada en el coro bajo. A mediados del siglo XVI trataron de colocar sus restos en otro lugar, y se hallaron que estaba incorrupta vistieron, y se puso a un lado del coro en el hueco de un arco en una urna con cristales; se manifestó a la vista del público el día 2 de diciembre que es el destinado para las honras de la fundadora insigne doña María Coronel, modelo de matronas castellanas.

DIALOGOS MILITARES

Entre Juan y Pedro...



—Oye, maño ¿que te pasa qui estás tan callao?
—¡Rediez!... qui ni enterao de una cosa que tié más gracia que esa sal gorda, gorda, qui echamos en el rancho.

—Cóntala, hombre, cóntala...

—No, si no es cosa de contalo; es solo de reise.

—Pero ¿si no me la cuentas, como mi he de reír?

—¿Tú sabes lo qui es un melimetro?

—Eso es fácil... un metro, es una cosa asín... pes un melimetro, será más u menos... lo mesmo no...

—Que poco enstruído eres ¡ridiez!... mira; fijate en esta raya... esto, es un metro... si haces una porción de rayicas, así, atravesás... cada una, es un melimetro, y si de aquí a aquí, hay cinco rayicas, es qui hay cinco melimetros... ¿lo entiendes?

—¿Por qué no he de entendolo?... ¿tan bruto me crees?

—Si no t'han enseñao... ¿qué culpa tiés tú de no saber?

—Y qui es verdá... pero ¿me dices u no, lo qui as sabió?

—Pos verás; he sabió que uno de mi pueblo, sobriño tres u cuatro veces del alcalde...

—¡Pus no son naide los tíos de tu pueblo...!

—Ca uno vale por cinco u seis... güeno; pus ese sobrino no ha venío al servicio y mi ha hecho venir a mí, por que tié de alto, dos melímetros menos que yo... ¿verdá qué tié gracia?... fijate, por dos rayicas, no pue estar aquí pelando patatas, como estoy yo...

—O allí, tirando tiros, porque tampoco veo yo mu claro, qui a mí me puean escacharrar la cocota y a tú no.

—¿Tan mal me quieres?... yo creí qui éramos amigos.

—Y lo semos; pero no dirás qui a tú puen pegate un chinazo como a mí y yo creo, que por ser pequeño, costaría más date, tan y mientras que yo, como soy tan granduco, me ven más mejor y me caben más tiros en el cuerpo... digo yo...

—Y dices bien; pero, el sobrino de su tío, aún debía estar más que yo...

—Los dos, sí señor; no acabo yo de entender estas cosas... el capitán, cuando me tié que regañar, siempre me dice lo mismo... ¡largo, largo, maldito lo que valgo!... ¿en qué quedamos? ¡ridiez!... si los pequeños valéis más... ¿por qué no sus llevan a donde vamos los largos?... el maestro de mi pueblo, qui es mu sabiondo, mos decía, muchas veces, qui al hombre, no se le mide por las cuartas que tenga, sino por lo que sepa y quiera hacer...

—¡Cabal! eso digo yo... y como toós, debemos servir pa too, pus no debía haber toas esas zaran-dajas... ¡vamos! que a quien se le diga que en mi pueblo, el año qui entré en quintas, éramos siete y encima de tocame a mí el último número, soy el único qui está en el servicio...

—¡Sí qui es gracioso!... oye... ¿cómo se las arreglaron?

—¡Qué se yo!... el uno, el de las rayicas... otro, icen qui es préfugo, por que vive en otro pueblo... Tomás, ese, es hijo de una viuda qui a samontonó pa no casase y libralo y a más mantenelo... otro, dijo el médico qui estaba tuperculoso y dempués d'enredar sus padres con el deputao, pos no tuvo más remedio que sélo...

—Escucha... y si no entras tú en quintas con toos esos, n'ubíá venío denguno de tu pueblo...

—¡Cál hubián alargao un año la quinta pa cojeme a mí... ¿no ves qui en mi casa no semos republicanos?

—¡Otra! y los republicanos ¿hacen esas cosas tan feas?... ¿no icen que son el amigo del probe?...

—Amos, no seas camelo... el probe, no tié amigos, ni aquí, ni en denguna parte...

—Por si yo oí, el año pasao, cuando las elecciones, a un señor qui era de esos, de ese que llaman Lerruse, qui el servicio era pa toos igual, que lo mesmo venía el probe qui el rico...

—Sí; los hijos de los ricos vienen tamién, eso, no se pué negar, sobre todo aquí, pero, con ellos, tamién pasa lo que con nosotros; los hay que no tienen bastantes rayicas, enfermos de comodín, hijos de viuda que tié marido sin casase, otros que se van de veraneo y dicen que son préfugos... ¡el acabosol... total, que venimos cuatro desgraciaos...

—Sí... y de esos, uno se queda aquí, dándole a las patatas y otros nos vamos a donde pegan...

—¡Rediez, si eres pelma!... ¿no comprendes que si las cosas se hicían bien, yo estaría en mi pueblo y aún te parecería peor?... toos no podemos hacer lo mesmo...

—¿Qué no?... en mi pueblo hay un cojo que se libró por sélo y es caazar d'esos que no puén cazar, y se pasa el día en los campos, anda que te anda y trepa que trepa... ¿no podría estar aquí?... lo mismo hago yo qui él, y, si se cansaba, con ponelo donde tú estás...

—Pero hombre... tóo lo dices pa que yo no esté aquí...

—No, maño, no... lo paice, por que es con tú con quien hablo... yo lo que te digo es, qui a esto, de-

bíamos venir toos, pues, pa cáa uno habría su que hacer...

—Eso, lo digo yo tamién... si le llaman servicio obligatorio, debe obligar a toos igual...

—¡Poco tranquilos que nos quedaríamos!... entonces, no vendrían amenazando, los que quiere ser deputaos, con que si no se les daba el voto, in el chico soldao...

—¿Tamién eso pasa?

—Tú verás... el que vota al que sale, a poquie que tenga donde agarrarse, no va su hijo al servicio, o su sobrino, u lo que sea... y el que sigue pues, como t'a pasao a tú... p'al caso, de Tauste...

—Tiés razón... en cuanto güelva al pueblo y va uno de esos letoreros, le cantaré las cuarenta, te aseguro...

—¿Pa qué?... te dirá mú güenas palabricas y... avío!... es mejor no votalos hasta que lo haigan hecho...

—Eso no pué ser... si no los votas y no van a Madrid, no puén hacerlo.

—Entonces, ya sé... se le ice lo qui a de hacer si falla, se le lleva al pueblo y con las guitarras las estacas que llevamos cuando hay dos rondas, le pone en una de ellas, en la que menos joter haiga y... a rondar...

—No estaría mal eso, no... así aprenderían com debemos ser iguales, llevando mamporros con los demás... ¡qué ideica maño!... oye; si alguna se t, ocurre ser deputao, vete por mi pueblo... te vataremos...

—Pero, sin ronda ¿eh?

—Eso... tú verías...

—No... por que, si encima de que tú te qued aquí a la lumbre... va a ser la ronda pá mí...

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE

El cinematógrafo y la guerra

Como un nuevo servicio militar de nuestra época puede contarse el cinematógrafo, establecido de una manera regular en el ejército alemán durante la pasada campaña. Su objeto ha de ser de una utilidad histórica, para transmitir a las generaciones venideras una impresión próxima a la realidad de los hechos de armas de la guerra presente. Las cintas impresionadas se refieren principalmente a

episodios aislados y a vistas y cuadros célebres.

Para la materialidad de este servicio se organizaron secciones provistas de todos los elementos necesarios y de un personal apto afecto a cada uno de los ejércitos que operaban en los diferentes teatros de la guerra. Es evidente, desde luego, el gran interés que han de ofrecer los archivos de películas para los historiadores de la gran guerra.



CUENTO LA HORA «GRIS»...

En el saloncito Imperio, Anita, muellemente sentada en un sofá y con su linda cabecita lánguidamente inclinada a un lado, deja correr su loca fantasía, que se precipita por caminos tortuosos empujada por un geniecillo travieso y burlón.

Fuera, la tarde otoñal se desmaya pausadamente. Anita siente la influencia del crepúsculo... Está en su hora «gris»...

Hace tiempo que bulle en su imaginación una idea atrevida, y al volver a recordarla, una sonrisa infantil florece entre sus labios de coral. El hecho de dejar de ser la «honrada mujer», cuya moralidad glorificaba algo torpemente su marido, le parece más factible y menos grave. El ejemplo del «cine», del teatro y de la novela romántica por un lado y la necesidad de distraerse, la ignorancia y la curiosidad por otro; y sobre todo, las ausencias cada vez más largas y frecuentes de su marido, cuando todavía está en plena juventud y hermosura, han hecho germinar en su cerebro el deseo de correr la loca aventura.

Quizá nunca hubieran traspasado sus ideas el hechizo de sus cabellos de oro, pero las miradas ardientes de Alfredo, sus atenciones demasiado solícitas y aquella manera tan apasionada que tenía de apretarle la mano al saludarla, lograron que se fijaran en él. Entonces tuvo la idea de coquetear un poco para atraer a su marido, y aunque se había significado bastante, Raúl parecía no apercebirse. Había tratado de sondearlo, y tenía el convencimiento de que su marido la creía una mujer incapaz de «pegársela».

Siempre que acudía esta idea a su imaginación se sublevaba; y hoy, al pensar nuevamente en lo

que creía indiferencia y desvío de su marido la cólera ganaba su ánimo:

¡Incapaz de «pegársela»!, ¿eh? ¡Ya vería él! No tenía más que ir a buscar a Alfredo con un pretexto cualquiera y lo demás vendría sin querer. Y lo haría ahora mismo, en seguida, sin recatarse lo más mínimo, sin combinaciones ni velos espesos de pintas grandes, sino en su mismo «auto» y vestida como si fuera a paseo o de visitas. El mismo Raúl podía encontrarla y de seguro que no sospecharía nada.

Unos minutos le bastan para recomponer su tocado, y después con mano nerviosa, abre el cofrecito de las joyas, y sobre el terciopelo escarlata la luz se quiebra en mil irisados colores. Vuelca rápida el joyero sobre el blanco mármol de la mesa, y por un momento contempla aquellas joyas que traen a su memoria recuerdos de días felices. Allí están mezcladas las joyas modernas de platino, con las vetustas de pesado oro que se van transmitiendo de generación en generación. Aquel broche que tiene un gran zafiro azul celeste que rodeado de brillantitos parece copiar el trocito de cielo encerrado en «El collar de Estrellas», era de la abuela de Raúl y fué uno de sus mejores regalos de boda; aquella lanzadera, ya pasada de moda, era de su madre; aquélla otra sortija de platino la compró en París en su viaje de boda; y así cada joya recuerda una fecha, una caricia tal vez...

A la mortecina luz crepuscular todas aquellas gemmas, rubíes, diamantes, amatistas, be ilos, parecían ojos humanos que tuvieran fosforescencias extrañas; unos reflejos, y parecía que la miraban con ira, otros tenían una mirada que brillaba

blanca como la hoja de un puñal, otros eran verdes como pupilas de esfinge y todos la miraban interrogantes, como si la pidieran cuenta de sus pensamientos.

En un movimiento rápido de su brazo brilló un momento la pulsera de «pedida» que nunca se quitara desde que se la puso por primera vez. Pensó entonces en que quizá contribuyó ella inconscientemente, con sus «tés» y sus «bridges», sus visitas, sus modistas, sus amigas y su vida mundana a aquella desunión de almas que ahora tanto la apenaba.

La idea de su culpabilidad tomó grandes proporciones en un momento. Sintió primero remor-

Mientras el coche nos lleva hacia Recoletos te explicaré. ¡No vas a negarte! ¿Verdad?

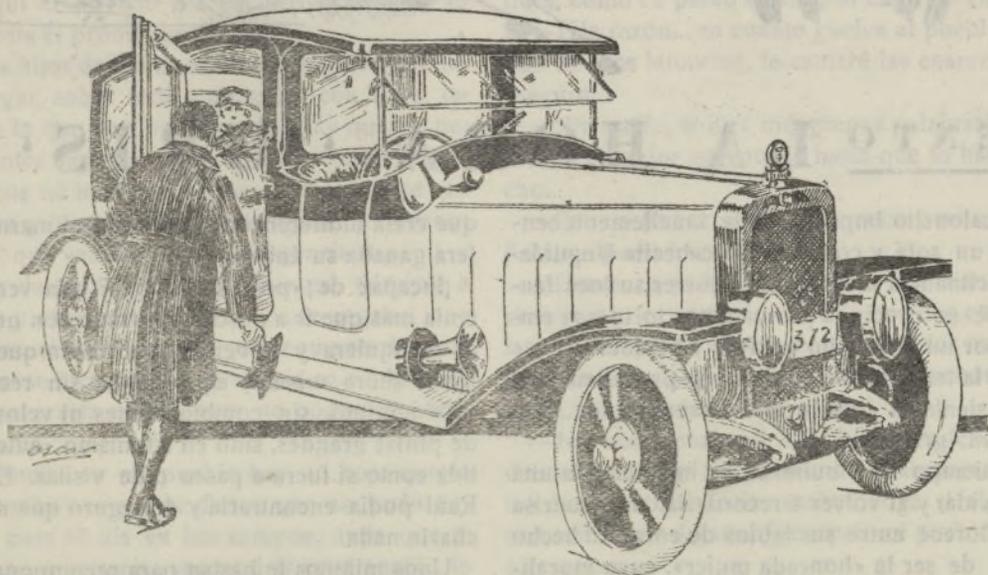
—De ningún modo, puesto que es tu deseo, pero...

—¡Oye! Casi todas las mujeres tienen necesidad de distraerse un poco, de olvidar un día que están casadas, de romper la monotonía del matrimonio y ese día... ¿no recuerdas?

—¡No seas boba! Eso son cosas que se hablan en reuniones frívolas, cosas de teatro, de novela romántica; pero... ¿dónde vas a parar?

—Es que verás, se me ha ocurrido una idea original. Y si tú fueras un maridito complaciente...

Él, sonriente:



dimiento, después angustia y al fin cayó vencida sobre el sofá... Una lágrima cálida y transparente rodó silenciosa por su mejilla y fué a estrellarse sobre el mármol de la mesa, junto a las perlas de fino oriente y los blancos brillantes...

—¡Juana!... ¡Juana!... ¡Tráeme las pieles y el sombrero!... ¿Está abajo el «auto»?

—Sí, señora.

—¡Bien!... Me marcho.

El «chauffeur» espera órdenes.

—¡Al «Nuevo Club»!... ¡De prisa!

A la puerta del círculo, apenas salta el «chauffeur» a tierra, grita ella nerviosa:

—¡Al señorito Raúl!... ¡Que le digan que lo espero!

Unos minutos, y Raúl aparece inquieto.

—¿Qué ocurre, Anita?

—¡Nada!... Verás... Sube... Tengo que hablarte.

—Es que había quedado en...

—Pues como si no hubieras quedado en nada.

—Veamos que travesura que travesura se le ha ocurrido a mi muñequita.

—¡Pues muy sencillo! Suponte que no eres Raúl sino Fernando, Alberto, Luis..., Alfredo, por ejemplo.

—No comprendo.

—¡Sí! Nos encontramos por casualidad... «Flirteamos»... Olvidas que soy una mujer de moralidad intachable...

—¡Oye!... ¡Oye!...

—Me convidas a cenar. Yo acepto encantada... Bebemos mucho «champagne»... Me dices todas las tonterías que se te ocurran... ¿Te ríes?... Aceptado entonces, ¿eh? Anda haz volver el «auto» y dale unas señas cualquiera.

—¡Qué chiquilla! Pero mírame primero un momento frente a frente, así..., a los ojos... Dime: ¿qué te ocurre esta tarde que estás más bonita que nunca?

—¡Es que—dice ella mimosa y con una carcajada infantil—, hoy... se la «pego» a mi maridito!

C. MORALES LAHUERTA



Novela
 por
 Francisco
 Camba

El Vellochino de Plata

Apartándose al fin de sus tristes compañeros de viaje, Daniel Aguiar reconoció que no pisaba con miedo el suelo americano. Bien es verdad que siempre se le reconocieron las cualidades de los triunfadores y que él mismo consideró casi un crimen esterilizarse allá, en la aldea de Piornelo, donde había nacido, y en la inmediata villa de Ablay, defendiendo unos pleitos sin grandeza mientras llegaba, lenta y segura, la amarga vejez de los pobres.

Marchándose, cierto que le esperaba una temporada aburrida sin aquellas gratas excursiones por las robledas en busca de mozas ni aquellas gratísimas discusiones del Casino. Pero, en cambio, a su vuelta, tendría dinero, «dinero largo», y nadie discutiría tan ruidosamente como él, ni habría quien le venciese en la caza dulce de la moza.

Así y todo, tal vez hubiera diferido eternamente el viaje de no ocurrírsele a la suerte ponerle en relaciones con la hidalga de Goyán, quien desde los primeros momentos le amó con la delicadeza que tenía para todas sus cosas, y a la cual amó Daniel de un modo frenético. Desgraciadamente, los hermanos de Armida de Goyán confiaban demasiado en su belleza para restaurar, con una buena alianza, el ruinoso solar de la familia, y los muchachos viéronse en el penoso trance de esconder su amor. Pero Daniel, que detestaba tapujos, acabó por indignarse.

—No podemos seguir de esta manera. Yo necesito tener dinero para un día tirárselo a la cara a toda tu gente.

—¿Y cómo?

—Hay un medio. Ahí está Buenos Aires, adonde

puedo irme, y como no se trata de un gañán, dentro de tres años arreglado el asunto.

—¡Oh!

—Es horrible, ya lo sé. Pero, ¿qué otro recurso nos queda? Yo, por mí, estoy decidido. Si te parece, si me das palabra de esperarme, me marcho.

Armida recordó melancólicamente a otros individuos del país, también de buena familia y también con carrera, y que, sin embargo, andaban allá tirados por las calles. Daniel la hizo callar.

—Ninguno de esos ha llevado, como llevaré yo, un amor que le acompañe y le guíe.

Y como ella aun hablase de dificultades, como aludiese a un fracaso posible, la miró casi severamente. ¿Qué amor sería el suyo si se detuviese ante el miedo a las dificultades? ¿Cómo, además, podía ocurrírsele a ella la idea ofensiva del fracaso?

—Si quisieras ceñirte una corona a los cabellos —dijo en tono grave, casi solemne— yo estoy seguro de que conquistaría un reino para ti. Quieres tan sólo vivir conmigo, sin la oposición de tu familia, y me consideraría el más despreciable de los hombres si no conquistase el puñado de miles de duros que eso cuesta.

Armida se convenció al cabo, y Daniel inició los preparativos de la marcha, vendiendo, para no ir en tercera y llegar con algún dinero, unas tierras heredadas de la madre. Y de tal modo pintaba aquel viaje, tan descontento tenía el triunfo, que, al llegar la víspera de la partida, la muchacha le despidió sin apenas lágrimas, contentándose con besar amorosamente una rosa arrancada del muro florido y dejarla caer hasta sus manos. Como decía más tar-

de la romántica maestra de Goyán, confidente asiduo de la enamorada, Daniel era el cruzado que partía y ella la castellana fuerte que se disponía a esperarle segura de verlo aparecer un día por entre los álamos del camino, aquel camino de fragantes orillas, siempre desierto, y siempre testigo afectuoso de su amor.

Los amigos de Daniel, por su parte, le despidieron con una fiesta ruidosa, en la que hasta hubo cohetes. En medio de estruendo semejante, el muchacho tuvo una sospecha ingrata.

—Parece que os gusta quedaros sin mí.,

—Pero no caerá esa breva.

—¿Tanto os estorbo?

—¡Ya ves! ¡Si queremos mozas, hemos de contentarnos con las que dejes! Pero no nos hagamos ilusiones. Dentro de nada, aquí apareces de nuevo.

—¡Ah!, tenedlo por seguro.

Se puso en pie, dejando la copa sobre la mesa, apartándose algo, deseoso de que nada le estorbase el amplio ademán.

—Tenedlo por seguro—repitió fieramente—. Y ya rico... Y ya con oro en los bolsillos del pantalón para que las mozas lo oigan, y, para desesperación vuestra, billetes de Banco en todas partes, tal vez incluso en el bolsillo alto, sustituyendo al pañuelo que aquí asoma...

—Sí, ya perfectamente inaguantable.

Pero al llegar la hora de los abrazos, en el puerito de enfrente, en Villarreal, de donde los trasatlánticos salían, toda aquella gente se conmovió. Algunos ojos tuvieron hasta la delicadeza de empañarse, y Daniel, sintiendo en la garganta una especie de nudo, prometió con voz enternecida no auxiliarse de su dinero en ciertas empresas y hasta ocultarlo a la vista de los amigos.

—¿Por si nos ofendemos?

—Y por si me lo pedís.

Partió momentos más tarde, vestido con un traje nuevo, rasurada a la moda de América la faz que tal éxito tenía entre las mozas del contorno, a la americana peinados los cabellos tan revueltos hasta entonces por todos los dedos bonitos del país. Era alto, con unos ojos grandes y grises y una boca muy fácil a la sonrisa. Era alto, pero lo parecía aún más al poner el pie en la nueva tierra. Los ojos, aquellos ojos que, según la maestra confidente de su novia, creyéranse recortados en metal, miraron a un lado y a otro como desafiando enemigos, como buscándolos. La boca sonrió al mismo tiempo, más confiadamente que nunca.

—¡Triunfaré!

No sabía de qué manera, no tenía un plan. Tenía tan sólo una carta que para cierto doctor Mada-

riaga, español ilustre, abogado y hombre de negocios, le había dado Troncoso, el presidente del Casino de Abla, quien en sus tiempos de Buenos Aires le conoció menos influyente y llegó a prestarle el dinero. Se la había dado como si le entregase un talismán.

—Madariaga debe de tener una influencia enorme. En mis tiempos ya se trataba con la mejor gente, incluso con los hijos del país.

Fuese por obra de la carta, fuese por virtud de las reflexiones que además le hizo, fuese por imposición orgullosa de sus propias energías, lo cierto era que estaba seguro de triunfar. Tenía esa certeza iluminándole, y la misma tranquilidad con que llegaba sirvió para más vencerle. Frecuentador constante del Casino, había aprendido que en el juego sólo gana quien lleva la firme convicción de ganar. Y aquella aventura en donde ya estaba metido, ¿qué era sino un juego? Se comparó entonces con la fila torpe y lenta de los emigrantes, que marchaban, encogidos y como asustados, a sumirse en unos barracones sórdidos e inmensos, y tuvo la seguridad de que su alma era otra, de mejor acero, más bien templada.

En las orillas del río humano, algunos hombres ofrecían coches y casas de pensión y dinero a cambio, creando un tumulto de feria que, a tantas millas de la patria bucólica, no dejó de agraderle. Otro trasatlántico arribaba al muelle en la mañana clara, en la dulce y acogedora mañana de un día caliente, casi de verano. De los dos buques desembarcaban señoras vestidas con un lujo fastuoso. Señoras ataviadas con igual fausto acudían a recibir las.

A lo lejos ladraban aún las dragas del puerto, y por delante del muchacho, en la primera calle de Buenos Aires, pasaban incesantemente coches y automóviles y tranvías y hasta trenes. Más allá veíanse altos y soberbios edificios, y por todas partes era un tráfago mareante de gente que va, que viene, que se entrelaza y se cruza. Daniel estuvo contemplando aquello, aquello todo, calladamente. Después hizo un esfuerzo y repitió:

—¡Triunfaré! ¡No faltaba otra cosa!

Cruzaba ya la calle en busca de un coche que le llevase a la casa de huéspedes de su paisano Antón de Piornelo, donde, por de pronto, pensaba meterse, cuando se apartó para dar paso a una mujer que hacia él venía. Movíase aquella criatura con tal gracia, era tan bonita, tan espléndida, que el muchacho pensó decirle alguna cosa. Se contuvo, así y todo. Enredarse en piropos con la primera mujer aceptable que se le ponía delante, no le pareció muy propio de un enamorado como él, que por amor esta-

ba lanzado en tal aventura. Pero inmediatamente, recordando también su carácter de español, de hombre con muy graves y muy serios deberes de galantería, hizo así como el ademán de tender en el suelo una capa, la capa simbólica de los chispeos, y cuando la mujer pasaba le susurró al oído que bendita fuese su madre.

Aun cuando nada esperaba, tampoco le gustó mucho la actitud indiferente y desdenosa de aquella individua, que pasó seria y arrogante, sin conmoverse, sin hacerle caso: hermosa cual un mármol, tenía sin duda la frialdad de los mármoles. Y como un tropel de gente la detuviese más allá, Daniel quiso volver por sus fueros, hacerla sonreír un instante, cosechar ese triunfo. Sin soltar la maleta se acercó, le cortó el camino que ya reanudaba, y repitió con mayor fuego todavía:

—¡De verdad que se portó su madre!

¡Nada! No se movieron los ojos inmensos ni se entreabrió la boca divina. ¡Y qué lástima! Si mucho había oído ponderar por su hermosura a las mujeres de aquella tierra, difícilmente encontraría muestra más digna de elogio. Volvió a hablarle: ¡Bendita fuese la tierra que tales flores criaba!

Entonces el mármol se conmovió. No contestó al requiebro ni sonrió siquiera; pero movió en el aire una mano fina, olorosa y blanca, una mano tal, que, si no fuese por respeto a la novia lejana, acaso el requebrador hubiera irreprimiblemente besado. Y en el mismo instante, como obedeciendo a un conjuro, he allí un guardia que aparece, imponente bajo su negro casco, y al cual le dice la dama con el acento más dulce y acariciador de cuantos Daniel había oído en su vida.

Este señor me viene molestando.

—¿Yo, señorita? — protestó vivamente —: ¿Yo molestarla? No me ha entendido bien... Soy español, se lo advierto; pertenezco a esa raza que jamás ha molestado a mujer alguna ni con una flor...

No le hizo caso. Se alejaba sin oírle, sin concederle más importancia al suceso, y Daniel comentó con el guardia:

—¿Ha visto usted, hombre? ¡Hay cada cosa en la vida!

Y daba ya un paso hacia los coches cuando el guardia le detuvo, hablándole casi con la dulzura y el cariño de la mujer:

—No se escurra, amigo. Tenemos que hacer aún... Venga...

—¿Adónde?

—Venga no más,

—¿Pero usted cree, de veras, que la he molestado?

—Yo no creo nada, che. Allá el jefe. Venga...

Y trincándole del brazo repitió con redoblada dulzura:

—Venga, amigo.

—Bueno, ya voy—rugió Daniel—. Pero suprima las frases. No sé qué confianza hay entre nosotros, en qué taberna hemos comido juntos para que me llame amigo...

Llegado a la Comisaría quiso explicar la equivo-



cación de la dama y el error del guardia, No le dejaron. Fué el guardia quien contó la historia a su gusto, y el comisario, después de oírla, pidió a Daniel cincuenta pesos.

—¿Para qué?

—Para que aprenda.

—¿Cómo?

—No pregunte, mi hijo, no moleste. Afloje, afloje no más los cincuenta pesos...

Daniel soltó los cincuenta pesos, aun en duros españoles, y salió furioso, prometiendo al guardia que se acordaría de él. Otra mujer pasaba y ni la

miró. Metióse frenético en el primer coche, repitiéndole al guardia:

—¡Ya veremos lo que esto te cuesta! No te creas que estoy solo, que no tengo aquí amigos...

Por todo decir, el guardia le dijo que anduviera a bañarse, y la indignación de Daniel, mecida con los movimientos del coche, no tardó en adormecerse. Pronto reconoció que, cuanto acababa de ocurrir, le estaba muy bien, muy admirablemente empleado. ¿Quién le mandaba a él meterse en tales aventuras? ¿Qué obligación tenía de ser galante con nadie? Aquello era un castigo providencial, hecho en nombre de la novia lejana, y encontró justo el castigo.

Entre tanto, el coche, que ya había cruzado un parque y una plaza, entraba ahora en una gran avenida. No del todo cicatrizado el disgusto de su perance, Daniel se vengó en la ciudad, que le parecía llana, muy llana, y monótona, terriblemente monótona. A distancias regulares asonaban calles idénticas. ¡Calles con las mismas casas y los mismos comercios! ¡Calles que, vista una, ya debían de estar vistas todas! Pero se encogió de hombros despectivamente. ¡Para lo que iba a detenerse él allí! ¡Para lo que necesitaba una ciudad bonita!

Casi le molestó que la ciudad se fuese embelleciendo de momento a momento. Las casas mezquinas estaban en las calles secundarias de junto al puerto; pero en aquella por donde adelantaba eran todas espléndidas, de muchos pisos, algunas con torres airosas sirviendo de pedestal a la escultura que las remataba. Tranvías y automóviles cruzaban sin descanso. Un torrente de gente iba y otro venía. ¡De gente toda mejor vestida que él a pesar de haberse puesto el traje de las fiestas!

En otras calles por donde ya el coche se metía, las casas redujeron su altura a un solo piso; pero el espectáculo era igual: el mismo lujo en los escaparates, las mismas portadas aparatosas, las mismas mujeres, vestidas de seda, calzadas de seda, adornadas con flores de seda... Al detenerse el coche, Daniel sintió aumentarse su asombro. Sobre una puerta verdaderamente suntuosa leíase en las letras más doradas del mundo: *Piornelo Hotel*. Pero, tras un momento de vacilación, ya despedido el coche, entró pisando recio y llamando a gritos:

—¡Antón! ¡Ey, Antón!

Allá lejos asomaba un hombre muy encorvado, con las manos pendientes de unos brazos larguísimo y como deseosas de apoyarse francamente en el suelo. Daniel volvió a gritar:

—¿No me conoces? ¡Soy de allá de Piornelo! Soy el hijo de Don Daniel Aguiar.

Molesto Antón por aquel alboroto, por aquellos gritos, por aquella falta de respeto al lujo de su casa, que tanto imponía siempre a los recién llegados, se le erizaron los bigotes ralos y duros, de animal todavía montés, y empinándose para que le viese la cadena de oro sobre el chaleco y el brillante de la corbata, murmuró con el acento argentino que era uno de sus orgullos:

—Serás, che, pero no armes bochinche. No grites, como allá decís. Acá no se grita.

—¿Acá, dónde? ¿En esta casa?

—En esta casa y en este país.

—Pues en el país te aseguro que han de oírme... ¿Hay habitación?

—¿Cómo no, che? Yo no despido nunca a nadie de Piornelo. No me lo agradecerán, pero acá asomos, te lo garanto. Vení no más...

Delante del recién llegado comenzó a subir la escalera, realmente casi lujosa. A la altura del segundo piso abrió una puerta, y Daniel creyó que salía al campo. Salían a una azotea cuya existencia nadie hubiera podido adivinar desde la calle rumorosa ante la fachada suntuosa del establecimiento. Unía se a otras de las casas vecinas, y allí, en el corazón mismo de la ciudad, creaban entre todas una especie de rincón aldeano, con parras entoldando las ventanas de unas casetas dispersas, la fuente canora en una esquina, un pilón donde lavaban cantando unas mujeres y hasta unas gallinas que picoteaban alegremente en la clara mancha del sol.

Antón entró en una de las casetas.

—Aquí podés estar hasta que te coloqués.

Daniel miró al dueño de la casa y luego a la habitación que le ofrecía. Planchas de hoja de lata oxidadas lamentablemente, le formaban el techo; enrejaba la ventana un resto de colchón metálico; un catre desvencijado era todo su ajuar, y por entre las tablas mal unidas de las paredes veíase el cielo como al través de los hórreos de su patria en tiempos de miseria.

—Parece que la pieza no te agrada—murmuró Antón.

—No, francamente. Y no temas molestarme, soy también franco. Tú te has creído que no voy a pagarte, ¿verdad?

—¡Hombre! ¡Crear eso de vos! Sólo que conozco lo que son los comienzos, me pongo en el caso, a prisa, como allá se dice, no pienso dártela...

—Agradecido; pero si no hay otra pieza, la quiero. Y te pagaré adelantado, Antón.

—Allá vos. En estas de la azotea, el confort verdaderamente no es mucho...

(Continuará).